

720

MANUEL RESUMIL ARAGUNDE

ALEJANDRO EL GRANDE

Comedia en tres actos.

Obra laureada con el Primer Premio
en el Certamen del Ateneo
de Macoris, 1935.



IMPRENTA MONTALVO
Ciudad Trujillo, R. D.
1937

*B. Carrizábal B.
Studyn.*





BNPAV
PD-EV
RD862-4
R436a

Propiedad del autor

BN
RD 262.42
R4362
e.3

PERSONAJES:

DON ALEJANDRO MASDONA, *El Grande*,
NAPOLEON PUENTE CESURES, su secretario,
PACO, sobrino de Don Alejandro,
NICODEMUS ESPARTA, poeta postumista,
«*MARCONI*», un inventor,
«*CUBANO*», un vividor,
«*TIZIANO*», un pintor,
DON BERNARDO, socio de Don Alejandro,
GILBERTO MARTINEZ, un tahir,
SYLVIA, hija de Don Bernardo,
EUFRASIA, esposa de Napoleón,
ROSITA, mujer de «Cubano»,

Un camarero de hotel, un camarero de vapor
y un señor rubio.

La acción, en la República Dominicana.

Epoca actual. Derecha e izquierda, las del
espectador.

015703



A mi muy querido amigo
don Baltasar Larín aka
Blanes, con el cordial
afecto de
M. Kesner

21/1/37

ALEJANDRO «EL GRANDE»

ACTO PRIMERO.

Comedor en un hotel. Al fondo, mostrador de servicio. A la derecha, puerta que da a la calle. A la izquierda, puerta al interior.

Al levantarse el telón, Don Alejandro y Napoleón están sentados a una mesa en primer término izquierda: Napoleón, de espaldas a la derecha y Don Alejandro, frente a él. Don Alejandro es hombre de pequeña estatura y enjuto de rostro. Lee un periódico que sobresale casi todo por encima de la mesa y lo oculta a los ojos de Napoleón. Este tamborilea con los dedos sobre la mesa y repasa la plana del periódico que le queda opuesta.—

NAPOLEON.— (*Aparte*) Ya me sé de memoria esta plana, página o carilla. (*Leyendo*) “En una riña, Cornelio Amarante recibe una puñalada.” Esto ya me lo he leído como una docena de veces. Pero no tengo en qué entretenerme, mientras este hombre lea el periódico. (*Leyendo de nuevo*) “En una riña, Cornelio Amarante...” Es que no puedo

MANUEL RESUMIL ARAGUNDE.

arredrar los ojos de esta noticia trágica. Debe ser la atracción de la sangre derramada. (*Alto*) ¡Oiga, Don Alejandro: si usted no cambia la página o deja de leer para que charle, hable o converse conmigo; voy a coser a puñaladas al pobre de Cornelio Amante!

D. ALEJANDRO.— (*Bajando el periódico*) ¿Cómo?

NAPOLEON.— ¡Claro, hombre! ¡Si ya le llevo leídas más de veinte puñaladas al infeliz Cornelio! Si sigue así no va a quedar en su cuerpo, espacio, lugar o sitio donde clavarle el puñal, daga o...

D. ALEJANDRO.— (*Interrumpiéndole y arrojando, furioso, el periódico al suelo*) ¡Y dale con los sinónimos! ¿No te tengo dicho que delante de mí no hagas alarde de esa manía literaria tuya que ya me tiene harto? ¡Caray! No sé cuándo vas a dejarme tranquilo.

NAPOLEON.— Perdone usted. Se me había olvidado. Pero lo esencial es que haya usted abandonado el periódico, porque me estaba consumiendo mientras usted leía. Cuando no hablo, tengo miedo de que se me asfixie la lengua herméticamente encerrada en la cavidad bucal, sin ventilación alguna.

D. ALEJANDRO.— Pues cuando no hablas es cuando mejor uso haces de ella.

NAPOLEON.— Ni tan mala lengua tengo, Don Alejandro, para que me desacredite usted de esa forma, modo o mane...

D. ALEJANDRO.— (*Interrumpiéndole de nuevo*) ¡Y vuelta a la sinonimia! ¿No habíamos quedado en que la ibas a suprimir para bienestar mío?

ALEJANDRO «EL GRANDE»

NAPOLEON.— Supresa o suprimida queda desde ahora, Don Alejandro. (*Pausa*) ¡Caramba! ¿Y cuándo irán a servirnos la comida? (*Bate palmas llamando al camarero*) Hace media hora que estamos aquí sentados y ini siquiera la sopa! ¡Con el hambre que yo tengo, después de esa tanda de kilómetros que nos hemos bebido desde la capital! Estos vapores bien podrían atracar allá. ¡Es una calamidad tener que esperar tanto!

D. ALEJANDRO.— ¡Siempre con tu impaciencia, Napoleón! Hay que tomar las cosas con más calma en la vida; es necesario saber esperar. ¿Qué ganas con incomodarte?

NAPOLEON.— ¡Bendito sea Dios que le ha dado a usted ese carácter especial que le hace verlo todo con indulgencia y encontrar una excusa para todo! El esperar es de holgazanes y no de hombres laboriosos y activos como yo.

D. ALEJANDRO.— (*Sentenciosamente*) El trabajo tiene su lugar y la paciencia el suyo...

X NAPOLEON.— Sí, sí... Un amigo tenía yo que en su vida movió una paja y, cuando le preguntaban por qué no trabajaba, contestaba que esperaba su oportunidad. Eso se lo había aprendido él de un filósofo que afirmaba que a todos en la vida se nos presenta nuestra oportunidad. Mi amigo decía que poseía la buena cualidad —que no la poseen todos— de saber esperar.

D. ALEJANDRO.— Y razón tenía tu amigo. Seguramente que, al fin, consiguió la oportunidad que esperaba.

NAPOLEON.— Sí... en el cementerio. Se murió de viejo esperando la oportunidad dichosa. Lo

MANUEL RESUMIL ARAGUNDE.

que en realidad quería era descanso y, por fin, lo encontró... ¡eterno!

D. ALEJANDRO.— Yo siempre he sabido esperar y, sin embargo, nunca he sido holgazán. He trabajado mucho en mi vida y con fruto, tú lo sabes, y jamás he abandonado el excelente don de ser paciente.

NAPOLEON.— Sí, sí... Demasiado lo ha sido usted. Hasta el extremo de dejarse ir quitando poco a poco, sin impacientarse, lo que tanto sudor le costó ganar. Total para que a fin de cuentas nadie le agradezca nada.

D. ALEJANDRO.— Mal pensado eres, Napoleón...

NAPOLEON.— No son malos pensamientos: es la desgraciada verdad. Si sigue así, lo dará usted todo y, cuando llegue a viejo, no tendrá usted a su lado quien le diga una palabra cariñosa, quien, a la hora de despedirse de esta miserable vida, le cierre piadosamente los ojos y le rece un padrenuestro por el ánima. Porque todos esos a quienes usted protege, cuando no tengan de donde chupar, no se acordarán siquiera de que usted se llama Alejandro.

D. ALEJANDRO.— Habrá de todo, Napoleón, habrá de todo... El bien no se puede hacer seleccionando: hemos de ser buenos para todos. Y en cuanto a la soledad que me vaticinas, estás algo equivocado. Todavía me quedas tú y tu mujer. Sobre todo tú que has pasado la vida a mi lado y sé que me guardas cariño. Más bien que mi secretario pareces hermano mío por la familiaridad con que te trato y la confianza y afecto que te tengo.

NAPOLEON.— Yo estoy ya viejo, Don Alejan-

ALEJANDRO «EL GRANDE»

dro, y me parece que rendiré la jornada primero que usted.

D. ALEJANDRO.— Y luego tengo a Paco. Estoy seguro de que Paco será bueno conmigo. No he escatimado gastos para darle una buena educación y prepararlo tal como prometí a su padre al morirse. Con su carrera y mis influencias, le espera una posición brillantísima y no puede ser tan ingrato que se olvide de que me la debe a mí. Además yo estoy joven todavía y quizás pueda encontrar una compañera buena que me ayude a sobrellevar la pesadez de los días que me quedan pendientes de liquidación y que, a la hora de mi muerte, tenga, como tú dices, una mano piadosa que me cierre los ojos.

NAPOLEON.— ¿Casarse usted, Don Alejandro? ¿Pero no se ha dado usted cuenta de lo que son las mujeres? Es necesario poseer un espíritu recio para dominarlas. Con lo bonachón que es usted, se lo come su esposa en el primer desayuno. Ya ve usted el hombre de bríos y de genio que soy y, sin embargo, mi trabajito me cuesta imponerme a la mía. (*Entra el camarero y sirve la sopa*) ¡Hombre! Si tarda un poco más no sabe usted a quién servir la sopa.

CAMARERO.— ¿Por qué?

NAPOLEON.— Porque no nos hubiera conocido usted.

CAMARERO.— ¿Cómo así, señor?

NAPOLEON.— Ha tardado usted tanto que al señor aquí ya empezaba a crecerle la barba y a mí, a encanecerme el cabello y el bigote. ¿Cómo se ha demorado usted tanto?

MANUEL RESUMIL ARAGUNDE.

CAMARERO.— Recuerde el señor que pidieron ustedes sopa de tortuga y ya sabe el señor la calma que se gastan esos animalitos.

NAPOLEON.— ¡Qué le parece! ¡Después de tanto esperar, aún tenemos chistecitos! Pero no se apure usted que el día que vuelva por aquí que, si Dios me ayuda, será en un futuro lo más lejano posible, ya tendré la precaución de pedir sopa de liebre a ver si se me sirve con más rapidez. (*Vase el camarero*).

D. ALEJANDRO.— (*Que ha empezado a tomar la sopa, se detiene para consultar el reloj*). ¡La una! Apuremos, porque ya debe estar entrando el vapor. (*Sigue comiendo*).

NAPOLEON.— (*Que toma la sopa apresuradamente*). Estos vapores, a pesar de que tienen un itinerario que dicen que es fijo, llegan a la hora que les place. Gracias a que éste llega el día que se anunciaba. Bien hacen los cartelones anunciadores de la compañía en decir: “Fecha probable de llegada, tal día a tal hora.” Ese probable las salva. Ya ve usted: nos dicen que el vapor llega hoy a las once, interrumpe uno el descanso a que tiene derecho para madrugar y ponerse en camino y se llena uno de polvo por esa carretera durante cuatro o cinco horas, para luego tener que venir aquí a sentarse a esperar. ¡Y pensar en el hermoso sueño que me echó a perder el despertador esta mañana! (*Sigue tomando sopa*).

D. ALEJANDRO.— Parece que no te gusta madrugar, Napoleón.

NAPOLEON. Madrugar sí me gusta. Lo que no me gusta es que me interrumpan los sueños cuando son agradables. Y figúrese usted que esta



ALEJANDRO «EL GRANDE»

madrugada soñaba yo que un seductor se raptaba a mi mujer y que yo los contemplaba escondido detrás de un ropero. Ya los dos iban a desaparecer por la puerta de la calle donde los esperaba un automóvil y yo me frotaba las manos de placer al pensar en el disgusto que se iba a llevar el raptor así que se diera cuenta de la joya que se robaba, cuando ¡zas! ahí está el despertador que, con su tintineo, me trae a la realidad como para decirme que toda aquella felicidad no era más que un sueño. ¡Imagínese usted... la única oportunidad que tenía de verme libre...! (*Entra el camarero, cambia los platos y sirve vino*).

CAMARERO.— ¿Qué tal encontraron ustedes la sopa?

NAPOLEON.— ¡Mala, malísima, pésima! Para el tiempo que se llevaron en hacerla ya podía estar mejor, ya... (*Se va el camarero*).

D. ALEJANDRO.— (*Abordando el nuevo plato*). Estoy impaciente por ver a mi sobrino. Debe venir hecho un hombrazo. ¡Siete años sin verlo! Me parece que han sido siete siglos. ¿Te acuerdas de la última fotografía que mandó, Napoleón? ¿Verdad que es guapo?

NAPOLEON:— Sí, sí... Un petimetre como la mayoría de los que van a estudiar al extranjero. ¡Si supieran los padres cuánto pierden al mandar sus hijos a educarse a otro país! Esos muchachos lo que hacen es perder el cariño y el respeto a la familia, crear hábitos raros y despilfarrar los cuartos que les mandan de aquí. En total: adquieren una buena cantidad de vicios, abandonan muchas de las virtudes que aprendieron en el hogar y vuelven a casa después de haberles derrochado una fortuna a sus padres.

MANUEL RESUMIL ARAGUNDE.

D. ALEJANDRO.— No seas exagerado, Napoleón. No todos son así.

NAPOLEON.— Es que yo no he visto, salvo poquísimas excepciones, la utilidad de los que han ido a estudiar al extranjero. Mucho “de la facultad de Purpalí” y mucho de “graduado de la Mangantion School” y, en resumen, nada. ¡Vaya usted a ver cómo adquirieron los títulos! Eso sin contar los que han vuelto sin ellos, después de pasarse por allá largos años. Usted no me negará que muchos de los que se gradúan en nuestra universidad dan mejores resultados que los que van a descascararse por allá afuera. Eso sí: llegan presumiendo de elegancia y de destreza en la conquista del sexo débil. Ya verá usted a la señorita Sylvia, la hija de Don Bernardo, cuando llegue Paco.

D. ALEJANDRO.— ¿Qué dices, Napoleón?

NAPOLEON.— Lo que usted oye. Que esa veleta, hija del socio de usted, que se pasa los días ante el espejo y en el campo de “tennis”, va a tener un nuevo entretenimiento a la llegada de su sobrino. Deje que Paco se presente en la capital para que usted vea.

D. ALEJANDRO.— No tienes derecho, Napoleón, a hablar así de la hija de Bernardo: eres injusto con ella. Sylvia es una muchacha como se encuentran pocas hoy: bella, inteligente, hacendosa y culta, y digna de un hombre honrado y serio. Gusta de componerse y de los deportes, como corresponde a su tiempo; pero es distinta de las demás. Difícil es, tú lo sabes, encontrar sus cualidades en las jóvenes de ahora. Ella, que es muy de su casa, sería la mujer ideal para un hombre maduro que aprecia más una sobria mesa a su hora, un lecho

ALEJANDRO «EL GRANDE»

confortable y el calor de unas manos cariñosas, que todas las fiestas de fuera del hogar.

NAPOLEON.— Cualquiera diría, al oírlo, que está usted enamorado de ella.

D. ALEJANDRO.— ¿Y si lo estuviera? Soy un hombre honesto y mi posición económica es bastante buena. Estas dos circunstancias serían suficientes para que cualquiera mujer me mirara con buenos ojos.

NAPOLEON.— ¿Y cree usted que ella...?

D. ALEJANDRO.— Algo de eso hemos hablado Sylvia y yo. Desde luego, su manera de ver es como la de todas las de su edad: la juventud atrae y uno ya tiene sus añitos. Pero ya pensará mejor cuando tenga la edad suficiente para despojarse de ese pueril sentimentalismo y ver las cosas más prácticamente. (*Entra el camarero*).

CAMARERO.— (*Recogiendo los platos*) ¿Sirvo café a los señores?

D. ALEJANDRO.— Sí; sirva para los dos.

CAMARERO.— (*A NAPOLEON*). ¿Qué le pareció el vino?

NAPOLEON.— ¿El vino? ¡Estupendo! Pero ¿y qué me dice usted del agua que tenía? ¡Era magnífica también! ¡Hacían una mezcla admirable! Dos productos a cual de mejor calidad. (*Vase el camarero*).

D. ALEJANDRO.— (*Consultando de nuevo el reloj*). ¡Caramba! ¡Cómo se va el tiempo! Tomemos el café a prisa, porque ya debió haber atracado el vapor. ¡Y con los deseos que tengo yo de ver a Paco! ¿Le has mandado reservar en el “Plaza” la

MANUEL RESUMIL ARAGUNDE.

habitación que te dije? (*En este momento entra un hombre rubio, de tipo algo enigmático, y se sienta en una de las mesas de la derecha. NAPOLEON vuelve el rostro de vez en cuando y lo mira con extrañeza*).

NAPOLEON.— Sí, señor. Le han preparado una estupenda. ¡Hasta flores le han puesto! Porque en los hoteles son con los huéspedes los primeros días como la recién casada con su esposo durante la luna de miel. El caos viene después.

D. ALEJANDRO.— Estará allí pocos días. Solamente hasta que le arreglen la que le tengo destinada en casa. (*Entra el camarero*).

CAMARERO.—(*A DON ALEJANDRO*). Llaman al señor por teléfono.

D. ALEJANDRO.— ¿Quién será? (*Vase*).

NAPOLEON.— (*Mientras sorbe el café que el camarero le ha servido*) Camarero, tenga la bondad de decirme, informarme o enterarme quién es ese caballero de apariencia tan extraña, rara o enigmática. (*Señala al hombre rubio*).

CAMARERO.— (*En tono confidencial*). No sé decirle muy bien, señor. Viene aquí todos los días a esta hora, se sienta en esa mesa, toma café y se va.

NAPOLEON.— ¿Es de aquí?

CAMARERO.— No, señor. Es español; de las Islas Canarias. Es un misterio para todos. Nadie sabe en qué se ocupa ni de qué se mantiene.

NAPOLEON.— ¿No dijo usted que es canario?

CAMARERO.— Sí, señor.

ALEJANDRO «EL GRANDE»

NAPOLEON.— Pues, seguramente que se mantiene de alpiste.

D. ALEJANDRO.— (*Entrando alborozado*) ¡Ya está ahí!

NAPOLEON.— ¿Quién?

D. ALEJANDRO.— (*Sentándose y disponiéndose a tomar café*). ¡Paco, hombre, Paco! Acaba de telefonarme que están terminando de revisarle el equipaje en la Aduana y que sale para acá en seguida. Tenemos que esperarlo aquí. (*Entra NICODEMUS ESPARTA, poeta de melena y chambergo. Lleva algunos libros debajo del brazo*).

NAPOLEON.— Me alegro, porque los barcos me marean.

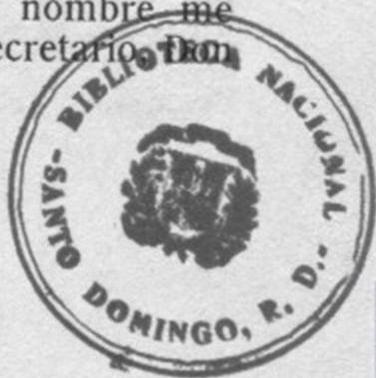
NICODEMUS.— (*Acercándose a la mesa y dirigiéndose a DON ALEJANDRO*). ¿Tengo el placer de hablar a Don Alejandro Masдона, a quien las gentes llaman “el Grande” por la magnanimidad de su corazón?

D. ALEJANDRO.— (*Circunspecto*) Alejandro Masдона para servir a usted.

NICODEMUS.— Honradísimo en conocerle. (*Le tiende la mano que DON ALEJANDRO estrecha*). Soy Nicodemus Esparta, nombre que seguramente ha visto usted más de una vez en periódicos, revistas y libros. (*Se sienta a la mesa*).

NAPOLEON.— (*Aparte*). Percibo, vislumbro o diviso sablazo en lontananza.

D. ALEJANDRO.— Sí, sí... Su nombre me suena... Permítame presentarle a mi secretario Napoleón Puente Cesures.



MANUEL RESUMIL ARAGUNDE.

NAPOLEON.— (*Dándole la mano*) Sumo placer en conocerle.

NICODEMUS.— (*Estrechándosela*). El placer es mío. (*A DON ALEJANDRO*). Conque usted conocía mi firma. ¿Qué conoce usted mío?

D. ALEJANDRO.— ¡Hombre! Me parece que un artículo sobre política internacional que...

NICODEMUS.— Perdone usted... Yo cultivo el verso. Tengo el orgullo de pertenecer a la falange que defiende la poesía postumista, la poesía de nuestro siglo.

D. ALEJANDRO.— (*Aparte*). He metido la pata. (*Alto*). ¡Hombre, sí! ¡Ahora recuerdo! Usted escribió una vez un libro en cuya portada había dibujados muchos relojes de sol en desorden ¿verdad? (*Aparte*). Por lo regular, todas las portadas de los libros futuristas son así.

NICODEMUS.— (*Con una sonrisa compasiva*) La portada no era sino un dibujo postumista en armonía con el contenido del libro. Desde luego, las mentes profanas que no saben interpretar los trazos vanguardistas, suelen ver caprichosas y raras figuras donde hay puro simbolismo.

NAPOLEON.— Pero cree usted, por casualidad, ventura o azar, que esos versos postumistas, futuristas o vanguardistas son poesía?

NICODEMUS.— Sí, señor... Nosotros los poetas del nuevo cuño hemos roto los moldes...

NAPOLEON.— (*Interrumpiéndole*). ¡Oh! ¡Sí! Vosotros lo habéis roto todo: la gracia, el ritmo, el espiritualismo... hasta la mismísima poesía la habéis hecho pedazos. Pero no tengamos, por eso, discusión, debate o disputa. ¡A lo que venía usted,

ALEJANDRO «EL GRANDE»

amigo...! (*Se frota los dedos índice y pulgar de la mano derecha significando dinero*).

NICODEMUS.— (Sin hacer caso del ademán). Pues, sí, señor... Ese libro de que hablamos que yo titulé “Emanaciones de mi otro yo”...

NAPOLEON.— (*Interrumpiendo de nuevo*). Pero ¿cuántos hay en usted?

NICODEMUS.— Me refiero al yo psíquico...

NAPOLEON.— ¡Ah! ¡Ya! Pero ¡al grano, al grano, amigo! (*Hace el mismo ademán con los dedos*).

NICODEMUS.— (*Mirando furioso a NAPOLEON*). Pues, sí, señor. Aquel libro fué un éxito de crítica, pero económicamente fué un desastre. En nuestro medio no se aprecia el talento. ¡Ah! ¡Si fuera en el extranjero...! Pues, sí, señor... Ahora tengo en preparación otro nuevo que es mi esperanza; pero mis condiciones económicas ¿sabe usted? no...

NAPOLEON.— (*Interrumpiéndole*) ¡Por fin! ¿Cuánto es?

NICODEMUS.— (*Amoscado*). ¿Cuánto es qué?

NAPOLEON.— (*Repitiendo el mismo gesto significativo con los dedos*). ¿Que cuánto es la mosca, lo que usted va a pedir?

NICODEMUS.— (*Enfurecido*). Señor, yo no soy ningún pordiosero. Yo vivo de mi intelecto y, si solicito el apoyo de las personas que pueden ayudarme, es porque, por desgracia, la capacidad intelectual y el dinero...

D. ALEJANDRO.— (*Interrumpiendo y con tono protector*). Tiene usted razón. Nosotros, los que

podemos, estamos obligados a ayudar a los hombres cuya inteligencia es campo privilegiado para el cultivo de las artes o de las ciencias. (*Saca la cartera y de ella un billete que entrega a NICODEMUS*). Aquí tiene mi pequeña contribución para la edición de su obra y ojalá que el público sepa rendir mejor tributo a su genio.

NICODEMUS.— (*Recogiendo el billete y metiéndoselo en el bolsillo*). Muchas gracias, Don Alejandro. Hombres altruistas como usted son los que necesita el arte. No lo entretengo más, porque noto que está usted de prisa. (*Le tiende la mano*). Encantado de haber trabado conocimiento con usted y agradecidísimo de su ayuda.

D. ALEJANDRO.— (*Estrechándole la mano*). De nada, amigo. He sentido una especial satisfacción en haberle tratado. ¡Adiós! (*Vase NICODEMUS sin despedirse de NAPOLEON a quien mira con desprecio*).

NAPOLEON.— Es usted demasiado blando, Don Alejandro.

D. ALEJANDRO.— Hay que ayudar, Napoleón. ¿Quién nos dice que de ahí no puede salir una gloria para el país?

NAPOLEON.— Como siga usted por ese camino, pronto lo van a tomar por la fuente del pueblo donde todo el mundo tiene derecho a tomar agua. Y no escarmienta usted con la experiencia. Acuérdesse usted del pintor y de Rosita, la cubana ésa que ha encontrado en usted una mina.

D. ALEJANDRO.— No hablemos de lo pasado. Errores los cometemos todos y mejor es equivocarse haciendo bien que haciendo mal. (*Se oye una es-*

ALEJANDRO «EL GRANDE»

candalosa carcajada de mujer e irrumpen en el comedor, riendo y charlando, SILVIA y PACO, y, más atrás, DON BERNARDO y EUFRASIA. Entra, el último, un camarero de vapor con uniforme).

NAPOLEON.— ¡Cáspita! Aquí están Paco, la señorita Sylvia y su padre... ¡Demonios! ¡Y mi mujer también! ¡Que destino, hado o signo tan perruno es el mío! Ya sabía yo que tanto esperar había de concluir en algún disgusto, enfado o desazón.

D. ALEJANDRO.— (*Levantándose, apresurado y corriendo al encuentro de PACO*) ¡Qué felicidad volver a verte!

PACO.— (*Abrazándole*). ¡Hola, tío! ¡Qué alegría, después de tanto tiempo! (*Se fija en Napoleón*) ¡Hola Napoleón! ¡Tú, siempre el mismo! ¿Cómo te va?

NAPOLEON.— Ahí, esperando mi Waterloo.

PACO.— Pero por ahora, según las apariencias, todavía estás en Marengo. (*Fijándose en DON ALEJANDRO*). Tú estás viejo, tío.

D. ALEJANDRO.— ¡Los años, Paco, los años...! Ibamos a salir cuando telefoneaste. Estuvimos esta mañana en el muelle y el vapor no había llegado todavía. Nos dijeron que llegaría a la una. Vinimos aquí a comer algo para volver, pero tú te nos adelantaste. (*Contemplándole con alegría*). ¡Estás hecho un hombrazo! (*Reparando en DON BERNARDO y SYLVIA*). Hola, Bernardo... y usted, Sylvia! ¿Qué sorpresa ha sido ésa?

SYLVIA.— Muy sencillo. Sabíamos que su sobrino llegaba hoy. Tuvimos noticia esta mañana de que el vapor arribaría después de las doce y, como era domingo y papá no tenía que hacer, le dije:

MANUEL RESUMIL ARAGUNDE.

“Papaíto, vamos a esperar al sobrino de Don Alejandro y así nos damos un paseíto”. Papá accedió, tomamos el automóvil, fuimos a casa de usted para decirle a Eufrasia que nos acompañara y aquí nos tiene usted.

D. ALEJANDRO.— Tomen asiento. (*Se sientan todos, menos PACO que se dirige al camarero uniformado con quien habla. NAPOLEON y EUFRASIA se sientan juntos un poco apartados de los demás*).

D. BERNARDO.— Llegamos al muelle en el momento en que atracaba el vapor.

SYLVIA.— Y al poco rato teníamos a Paco con nosotros. (*A PACO, que ha regresado a la mesa sin sentarse*). No te entretuvieron mucho los vistas de la aduana ¿verdad? (*A DON ALEJANDRO*) Tiene usted un sobrino simpatiquísimo. (*Dirige una sonrisa a PACO*).

NAPOLEON.— (*Aparte*). ¡Arrea! ¿Qué dije yo? ¡Ya lo tutea y lo encuentra simpático!

PACO.— Tío... (*A los otros*). Con el permiso de ustedes. (*A DON ALEJANDRO*) Hazme el favor. (*DON ALEJANDRO se levanta y acompaña a PACO al lado del camarero*). He tenido algunos gastos a bordo y quisiera que me facilitaras doscientos pesos para cubrirlos. Aquí el camarero ha venido por ellos.

D. ALEJANDRO.— (*Sacando la cartera*). Muy bien. (*Extrae unos billetes y los entrega al camarero*). ¿Conforme?

CAMARERO.— (*Después de contar el dinero*) Sí, señor. (*Vase*).

D. ALEJANDRO.— (*A PACO*). Pero ¿tú no

ALEJANDRO «EL GRANDE»

recibiste los mil pesos que te mandé para los gastos de viaje?

PACO.— Sí, pero tú sabes que siempre hay gastos con los que uno no cuenta. Uno es joven y tiene cierta posición social que es necesario mantener... Hay que alternar, hacer buen papel... En fin, peripecias que a uno le suceden... (*DON ALEJANDRO hace un gesto de resignación y ambos vuelven a la mesa*).

NAPOLEON.— (*Aparte*) ¡Primer sablazo de la serie...!

D. ALEJANDRO.— ¿Han comido ustedes?

SYLVIA.— Nosotros comimos en una parada que hicimos en el camino. Pero talvez Paquito quiera comer algo.

PACO.— Yo lo hice a bordo. (*Entra el camarero con la cuenta que DON ALEJANDRO paga*).

NAPOLEON.— (*Aparte*). ¿Qué decía yo? Apenas hace quince minutos que lo conoce y ya le llama Paquito. Se necesita estar ciego, sin vista o vendado para no darse cuenta, advertir o percatarse de que ya hay atracción. (*Acerca los dos dedos índices*) ¡En medio de qué par ha caído don Alejandro! ¡El pobre!

EUFRASIA.— (*Con tono brusco*). ¿Qué murmuras tú? ¿Quién es pobre?

NAPOLEON.— (*Con resignación*). Don Alejandro, mujer, Don Alejandro.

EUFRASIA.— En eso va a parar. Todo lo da. Si estuviera casado y con una mujer como yo, ¡ya daría, ya...!

NAPOLEON.— (*Aparte*). Sí; ya daría el alma al diablo.

MANUEL RESUMIL ARAGUNDE.

EUFRASIA.— ¿El qué?

NAPOLEON.— Que sí, mujer, que sí.

D. ALEJANDRO.— (*Levantándose*). Ya que dices que tienes el equipaje listo, vámonos. (*Se levantan todos*). Llegaremos a casa a la hora de cena.

SYLVIA.— Esta noche vendrán ustedes a cenar con nosotros para celebrar la llegada de Paquito. ¿Verdad, papaito?

D. BERNARDO.— Sí, hijita.

D. ALEJANDRO.— Como ustedes dispongan. (*Salen PACO y SYLVIA delante; DON ALEJANDRO y DON BERNARDO atrás*).

NAPOLEON.— ¡Atiza! ¡Lo que yo decía, vamos! Es que yo soy un Merlín, un Salomón o un Séneca para calar, adivinar o ver venir a las mujeres. Hace veinte minutos que lo conoce y ya lo tutea, le dice Paquito y, para cerrar con broche de lujo, lo invita a cenar. ¡Ya verá Don Alejandro en qué acaba esto!

EUFRASIA.— Pero ¿qué es lo que estás hablando ahí tú solo?

NAPOLEON.— (*Con el mismo tono resignado*) Nada, mujer, nada. Pero ¿se puede saber a qué viniste tú?

EUFRASIA.— ¿Yo? A pasear, como tú. ¿O es que yo no puedo salir de casa?

NAPOLEON.— Sí, mujer; puedes salir. (*Aparte*). Ojalá salgas un día y no regreses más. (*Se oye la bocina de un automóvil*). ¡Ah! Ya se van. (*Vase corriendo. EUFRASIA lo sigue*).

T E L O N .

ALEJANDRO «EL GRANDE»

ACTO SEGUNDO

Un salón en casa de DON ALEJANDRO. Al fondo, una puerta a la calle; a la derecha, otra que da al dormitorio de DON ALEJANDRO, y, a la izquierda, otra al interior. Además de los muebles necesarios, hay un escritorio, un sofá y un sillón especial.

Al levantarse el telón, NAPOLEON arregla los papeles que hay sobre el escritorio.

NAPOLEON.— Ahora que ya todo está en orden, regla o concierto, me sentaré a esperar que vayan llegando los pedigüeños de costumbre. (*Se sienta*) ¡Bien me viene un poco de alivio, reposo o descanso después de lo mucho que he trajinado! (*Pausa*) A esta casa le llamaría yo la casa de Donato por lo mucho que en ella se dona, da o regala. Todo el que entra aquí se encuentra con derecho a pedir, solicitar o demandar algo. (*Se levanta*) Pero, antes, he de aparejar, prevenir o preparar el sillón de los sablistas por si viene alguno que sea necesario despachar, despedir o echar de aquí en

MANUEL RESUMIL ARAGUNDE.

seguida. (*Arregla el sillón especial y se sienta en él. Al momento se levanta con gesto de desagrado*) ¡Diablos! Hoy está más molesto, fastidioso o incómodo que nunca. (*Le da unas palmadas en el respaldo*). ¡Daré buenas lecciones! (*Se vuelve a sentar en el primer sillón*). Y ahora a esperar. Ha sido una bella, bonita o hermosa idea la de inventar este sillón. Difícilmente falla uno. (*Se oyen golpes a la puerta*). ¡Vaya! Ahí tenemos al primero. (*Se levanta y abre la puerta del fondo*).

MARCONI.— (*Asomando por la puerta*). Buenos días. (*Entra con las manos cruzadas sobre el vientre y con aire y falsa humildad de sabio*).

NAPOLEON.— ¡Hola! ¡Si tenemos aquí a “Marconi”! (*Aparte*). De seguro que hoy hay sablazo otra vez. (*Alto*). ¿Qué noticias trae el inventor? ¿Cómo va, marcha o anda ese invento?

MARCONI.— ¿Cuál de ellos?

NAPOLEON.— ¡Ah! ¿Conque tiene usted más de uno? Me refería al motor alimentado por los rayos energéticos.

MARCONI.— Ese he tenido que abandonarlo por carencia de medios. Aquí no se puede llevar nada a cabo: todo fracasa. Aquí adquiere usted conocimientos; se quema las pestañas sobre los libros; trata usted, como resultado de sus estudios, de llevar a la práctica las teorías de sus concepciones, y de nada le sirve. Ni tiene usted donde aplicar sus conocimientos ni tiene quien le utilice el invento. ¡Si pudiera irme al extranjero, ya sería otra cosa!

NAPOLEON.— (*Aparte*). ¡La eterna queja de la inteligencia mediocre! (*Alto*) ¡De modo que de-

ja, arrincona o abandona usted su maravilloso invento! ¿Ha renunciado usted a la gloria?

MARCONI.— No. Es que no hay instrumentos, ni laboratorios ni quien preste ayuda. Pude hacer algunos ensayos iniciales, mediante la protección de Don Alejandro Masdona; pero, al fin, me he visto obligado a abandonar mis trabajos de investigación.

NAPOLEON.— ¡Que lástima, hombre! ¿Y era en realidad factible su proyecto? ¿Cree usted que es fácil poner en acción un motor sin más generador de fuerza que los rayos energéticos concentrados?

MARCONI.— ¡Claro que sí! Eso está científicamente demostrado. Su fundamento es este postulado matemático: “Del desnivel cósmico de los rayos energéticos tridimensionales concentrados en un punto X se puede deducir la diferencia entológica generadora de la resultante geométrica del contenido estático Z”. De este postulado se desprende que, representando el estado pasivo de una resultante dinámica por M-sub-sigma partido Omega-factor-de-K elevado a Alfa-menos-Z-sub-Beta y representando los rayos tridimensionales de los generadores elípticos interespaciales por la expresión geométrica Pi-sub-uno-más-Pi-factor-de-dos-Pi-sub-T partido Pi-menos-Delta-factor-de-Gama-sub-Ni elevado a Pi...

NAPOLEON.— (*Aparte*). Decididamente éste está para que lo aten, amarren o lioen. (*Alto, interrumpiéndole*). Como ya usted dió al traste con su invento no prosiga, continúe o siga su descripción. (*Se acerca al sillón especial y le invita a sentarse*) Siéntese usted y dígame cuál es la causa, razón o motivo de su visita.

MANUEL RESUMIL ARAGUNDE.

MARCONI.— (*Se sienta*). Pues vengo a ver si está en casa el señor Masdona para solicitar de nuevo su ayuda...

NAPOLEON.— ¿Pero no acaba usted de decirme que abandonó su invento?

MARCONI.— Sí; pero ahora tengo uno nuevo en estudio que está volviendo loco al mundo científico. ¿No está?

NAPOLEON.— ¡Hombre! Eso lo sabrá usted. Yo me desayuno con la noticia.

MARCONI.— Digo que si no está en casa el señor Masdona. (*De vez en cuando se revuelve, incómodo, en el sillón*).

NAPOLEON.— ¡Ah! No, no está; pero no tardará en llegar. Conque tenemos nuevo invento ¿eh?

MARCONI.— Sí, señor. Y éste sí no falla.

NAPOLEON.— ¿Podría saberse de qué se trata?

MARCONI.— (*Da señales de incomodidad y se inclina para mirar el asiento del sillón*). Tengo por norma no divulgar el resultado de mis investigaciones; pero a usted puedo confiárselo, porque sé que me guardará el secreto.

NAPOLEON.— ¡Como un sepulcro, mausoleo o tumba!

MARCONI.— Pues, el primer invento mío tenía un fondo matemático... (*Da un salto en el asiento y mira al fondo del sillón. Aparte*). Este sillón tiene un fondo infernal. (*Alto*) ... y el que tengo ahora en estudio, tiene un fondo biológico. Pero como yo no soy hombre de posibles, necesito del señor Masdona...

ALEJANDRO «EL GRANDE»

NAPOLEON.— (*Interrumpiéndole*)... fondos... económicos. ¡Ya!

MARCONI.— (*Mirando nuevamente al fondo del sillón. Aparte*). ¡Este sillón me va a reventar! (*Alto*). Sí, señor. El señor Masdona es un admirador de las ciencias y hombre de...

NAPOLEON.— (*Interrumpiéndole de nuevo*)... buen fondo. Por lo que veo, todos los inconvenientes de usted son cuestión de fondos. Pero no me ha dicho usted todavía en qué descansa, se funda o basa su nuevo invento.

MARCONI.— Pues, le diré. Mi invento consiste en cruzar un papagayo y una paloma mensajera y obtener de este cruce una nueva especie de paloma que puede llevar los mensajes verbalmente. Con la facilidad de palabra del papagayo y el instinto de la paloma mensajera, el resultado es biológicamente un triunfo. (*Se lleva las manos a los costados y contrae el rostro en señal de sufrimiento*).

NAPOLEON.— ¿Y cuáles serían las ventajas de la nueva especie derivada?

MARCONI.— Quedaría conjurado el peligro que existe actualmente de que la paloma caiga en manos indiscretas que puedan enterarse del mensaje escrito que porta.

NAPOLEON.— Pero no negará usted que, con la nueva especie, surgen, nacen o se crean nuevos peligros.

MARCONI.— ¿Cuáles?

NAPOLEON.— ¡Muchos! Tales como la tortura, la intimidación por las armas, la amenaza de entregarla a un gavián... Todo eso haría que la

MANUEL RESUMIL ARAGUNDE.

paloma, animal esencialmente tímido, confesara el mensaje en seguida.

MARCONI.— (*Que no hace caso de la observación, se levanta, se lleva las manos a la región glútea y se retuerce con gestos de sufrimiento*). Yo volveré más tarde... El señor Masdona se retarda un poco...

NAPOLEON.— (*Aparte*). Ya el sillón surtió su efecto. (*Alto*). ¿Se va usted? ¡Ahora que iba tan interesante la descripción de su magistral invento! Siéntese usted y continúe...

MARCONI.— (*Retrocediendo y con voz alterada*). ¡No, no! ¡De ninguna manera! (*Aparte*) Lo que es en ese sillón no vuelvo yo a sentarme. (*Alto y con acento suave*). Muchas gracias por su amabilidad; pero tengo que hacer otra visita urgente. No deje de avisarle al señor Masdona que estuve aquí y háblele usted de lo prodigioso de mi nuevo invento. (*Camina con esfuerzo hacia el foro, mientras echa miradas furibundas al sillón*).

NAPOLEON.— Sí; lo haré con mucho gusto, placer o satisfacción. Y venga usted por aquí a menudo. Ya sabe usted que será siempre bien recibido. (*Le señala el sillón*).

MARCONI.— (*Haciendo un gesto de disgusto*) Es usted muy amable. Buenos días. (*Vase*).

NAPOLEON.— ¡Adiós! (*Acariciando el sillón*) ¡Eres infalible! No hay nada mejor para espantar, ahuyentar o alejar a estos esgrimidores del sable. (*Suenan golpes a la puerta*). ¡Otro peje! Hoy, como es sábado, abundan las visitas de los que gustan vivir del más tonto, imbécil o idiota... (*Va a la puerta y abre*).

ALEJANDRO «EL GRANDE»

TIZIANO.— (*Entra con un cuadro debajo del brazo y se queda cerca de la puerta*). Buenos días.

NAPOLEON.— ¡Hola, Tiziano! ¡Qué cuenta el celeberrimo pintor? Pase usted y siéntese. (*Le indica el sillón de marras*).

TIZIANO.— (*Haciendo un gesto de horror*) No, no; muchas gracias. ¿No está el señor Masdona? Quería proponerle el nuevo lienzo que he terminado hoy.

NAPOLEON.— No está; pero vendrá en seguida. ¡Entre y espérela, hombre! (*Aparte*). Este ya conoce el artefacto.

TIZIANO.— No, no. Yo volveré luego. Dígame que estuve aquí. Adiós. (*Vase rápido*).

NAPOLEON.— ¡Gato escaldado...! A este le dí una tanda de sillón la semana pasada que por poco sale de aquí a cuatro patas. (*Vuelven a llamar a la puerta*). ¡Y va el tercero! (*Abre la puerta*).

ROSITA.— (*Entrando compungida y llorosa*). ¿Está el señor Masdona?

NAPOLEON.— (*Aparte*). ¡Atiza! ¡Rosita, la mujer de "Cubano"! (*Alto*). No está, no. Pero, si usted quiere, puede esperarlo que no tardará. (*Aparte*). A ésta hay que tratarla bien; porque, aunque sablea, lo hace con elegancia. (*Le ofrece un sillón*).

ROSITA.— (*Sentándose*). ¡Ay! ¡Ojalá que no tarde mucho, porque estoy en un sobresalto! He salido a escondidas de mi marido y temo que él regrese a casa y no me encuentre. ¡Soy tan desgraciada! (*Llora*). Ese hombre acabará conmigo... ¡Si el señor Masdona, que es tan bueno, me ayuda-

MANUEL RESUMIL ARAGUNDE.

ra para volverme a mi tierra y deshacerme de ese malvado...! ¡Ay, qué desgraciada soy!

NAPOLEON.— (*Aparte*). Mire usted en qué lío, conflicto o embrollo me veo yo ahora con esta mujer aquí llorando. ¡Tan sensible como soy yo a las lágrimas! (*Alto*). No llore usted, señora. Don Alejandro la socorrerá.

ROSITA.— ¿De veras cree usted que me ayudará? ¡Como ya lo he molestado tantas veces! ¡Sufro tanto! (*Sigue lloriqueando*).

NAPOLEON.— No se excite, altere o agite usted los nervios, señora. Refrene, contenga o reprima usted las lágrimas. Pero, señora, ¿por qué la maltrata tanto su cónyuge, esposo o marido?

ROSITA.— (*Entre sollozos*). ¡Por celos! ¡Es celoso en demasía! ¡Lleva los celos hasta el extremo de que a las revistas y periódicos que lleva a casa les arranca las hojas que contengan grabados con hombres solos...! ¡Y no me deja leer novelas o cuentos en que se relaten proezas de hombres...! ¡Es un martirio vivir así!

NAPOLEON.— ¡Es increíble, señora, que los celos conduzcan a tales ridiculeces!

ROSITA.— (*Entre sollozos*). ¡Y eso no es todo! Anoche me propinó una paliza que me tuvo en cama hasta ahora, porque me encontró besando al hijo de la vecina...!

NAPOLEON.— ¡Señora! Pero besar al hijo de la vecina creo que es razón suficiente, no digo yo para una paliza...

ROSITA.— (*Entre sollozos siempre*). ¡Pero si se trata de un niño de nueve meses...!

ALEJANDRO «EL GRANDE»

NAPOLEON.— ¡Qué cobarde! ¡Ese hombre es un perro, can o lebrel! ¡Quisiera yo que se die-
ra conmigo para que viera cómo le hacía encontrar
la horma de su zapato!

ROSITA.— ¡Si usted viera cómo tengo el cuer-
po! Aquí (*Señalando el brazo*) tengo un cardenal
del tamaño de un billete de un peso.

NAPOLEON.— ¡No me diga! Deje ver.

ROSITA.— (*Subiéndose la manga*) Mire usted.

NAPOLEON.— ¡Qué barbaridad!

ROSITA.— ¡Pues eso no es nada! ¡Si usted
viera uno que tengo aquí! (*Señala el muslo*) ¡Este
es por lo menos del tamaño de un billete de diez pe-
sos!

NAPOLEON.— ¡De veras! Deje ver.

D. ALEJANDRO.— (*Entrando de improviso*)
¿Qué es esto?

NAPOLEON.— (*Desconcertado*) ¡Los billetes...
digo... los cardenales!

D. ALEJANDRO.— ¿Qué dices, Napoleón?

NAPOLEON.— (*Todavía fuera de sí*) ¡Digo
que... a esta señora se le convirtieron dos arzobis-
pos... digo... dos cardenales en billetes...!

D. ALEJANDRO.— ¡Tú estás loco! (*Volvién-
dose a ROSITA*) ¡Rosita! ¿A qué viene usted aquí?
¡No le he dicho que no quería verla más en mi casa?
¡Me parece que ya le he dado dinero suficiente para
que pudiera irse a su tierra! (*Aparte*) ¡Malhaya
el día en que se me ocurrió dirigirle la palabra a
esta mujer!

ROSITA.— (*Llorando*) ¡Ay, Alejandro...!

MANUEL RESUMIL ARAGUNDE.

D. ALEJANDRO.— (*Cortándola, enérgico*) Señora, mida su manera de hablar.

NAPOLEON.— (*Aparte*) Si es por mí, pueden decirse todas las ternezas que quieran...

ROSITA.— (*Sollozando*) ¡Perdón, señor Masdona! ¡Es que ese hombre ha acabado conmigo! ¡Me ha quitado hasta el último centavo! Pude huir de casa esta mañana y venir aquí, sin que él se enterara, para pedirle que me dé usted por segunda vez con quéirme para mi casa. ¡Quiero salir de aquí, alejarme de él. ¡Ay, qué desgraciada soy! ¡De sobra sé que ya no soy nada en sus sentimientos personales, pero yo invoco su corazón de hombre bueno que no permitirá que una mujer sufra y sea ultrajada...! ¡Dios mío, qué desdichada soy...!

D. ALEJANDRO.— (*Conmovido*) ¡Vamos, no llore usted más! ¿Cuánto necesita?

ROSITA.— Con ciento cincuenta pesos me arreglaré. ¡Ay, ay, ay! (*Llora a voz en cuello*).

D. ALEJANDRO.— Se los daré; pero recuerde que es la última vez. (*Saca la cartera, busca en ella unos instantes y la vuelve a guardar*) Espérese un momento que no tengo suficiente aquí. (*Sale por la derecha. Se oyen a la puerta golpes desafortados*).

NAPOLEON.— ¿Quién será el animal, bruto o bestia que llama? (*Abre y entra "CUBANO", enfurecido. Es un hombre corpulento y con aire de matón. Tiene una nariz descomunal que le cuelga a manera de apéndice y las cejas, casi completamente horizontales, se le unen sobre la nariz formando con ésta una cruz de tres brazos o de San Antonio. Lleva en la mano un enorme bastón*).

ALEJANDRO «EL GRANDE»

CUBANO.— (*Dando con el bastón en el piso*)
¿Dónde está esa perra?

ROSITA.— (*Asustada*) ¡Ay! ¡Mi marido! ¡Me mata!

NAPOLEON.— (*Con miedo y aparte*) ¡Ahora sí se va a armar la gorda!

CUBANO.— (*Volviendo a dar con el bastón en el piso y dirigiéndose a ROSITA*) Conque ésa era la prisa que tenías porque yo saliera ¿verdad? ¡Verás como te sacudo el polvo en seguida! (*Enarbola el bastón*)

NAPOLEON.— (*Un poco alejado*) El hombre que le pega a una mujer es un gallina.

CUBANO.— (*Volviéndose rápidamente a NAPOLEON*) Eso de gallina no me lo dice usted en la cara.

NAPOLEON.— (*Retrocediendo*) ¿En qué cara?

CUBANO.— En la mía. En ésta. (*La señala*).

NAPOLEON.— ¿Pero es que usted se cree que eso que tiene usted encima del pescuezo es cara? ¡Eso no es cara, hombre; eso es cruz!

CUBANO.— Se necesita ser cínico para burlarse de mí, después de ultrajar mi honor. (*Se adelanta y agarra a NAPOLEON por las solapas. Se dirige a ROSITA*) ¿Y es por este mamarracho por quién te desvelas tanto? ¡Verás como yo le cambio la figura inmediatamente! (*Alza el bastón para darle*)

NAPOLEON.— (*Lleno de miedo y gritando*) ¡Detenga ese bastón, señor, que va usted a cometer una salvajada! ¡Que no soy yo, hombre! ¡Que ella vino a ver a Don Alejandro y no a mí!

CUBANO.— ¡Ah! ¿No es usted? (*Lo suelta*) ¡Ya me parecía a mí que con ese tipo de gallo desplumado no podía usted arrastrar a ésta!

NAPOLEON.— (*Con tono suave*) No se incomode, enoje o enfade, señor, y siéntese. Don Alejandro viene ahora y puede usted arreglar con él todas las cuentas que quiera.

CUBANO.— (*Que se dirige a sentarse en el sillón especial*) Está bien. Esperaré.

NAPOLEON.— (*Todo apurado*) ¡Ahí, no, por Dios! ¡Ahí, no! Siéntese usted en éste.

CUBANO.— (*Dando con el bastón en el piso y dejándose caer pesadamente en el sillón*) ¡Yo me siento donde me da la real gana! (*Hace un gesto de dolor y mira al sillón por todas partes*).

NAPOLEON.— (*Aparte*) ¡Me acabó! ¡Con lo excitado que está y con lo incómodo que es el sillón ése...! (*Alto*) Mire usted, señor, que ese sillón...

CUBANO.— (*Dando con el bastón en el piso*) ¡He dicho que yo me siento donde me da la real gana!

NAPOLEON.— (*Atemorizado*) Está bien, señor. (*Aparte*) Bueno, yo me esfumo, desvanezco o evaporo. (*Vase por la izquierda*).

CUBANO.— (*Aparte y revolviéndose en el asiento*) ¡Qué sillón tan incómodo! (*A ROSITA, después de ver desaparecer a NAPOLEON*) ¿Cuánto le pediste?

ROSITA.— Ciento cincuenta y no opuso resistencia. Casi era mejor que no hubieras venido.

CUBANO.— ¿Y donde está él?

ALELANDRO «EL GRANDE»

ROSITA.— Fué a buscar el dinero ahí a ese cuarto.

D. ALEJANDRO.— (*Entrando con el dinero en la mano*) Aquí tiene... (*Sorprendido al ver a CUBANO*) ¡Usted, señor...!

CUBANO.— (*Da con el bastón en el piso y se levanta*) Yo, señor vejete verde, vengo a arreglar cuentas con usted... (*ROSITA se pone en pie*).

EUFRASIA.— (*Entrando por la izquierda hecha un ciclón y con una sartén en la mano*) ¡Yo, señor sinvergüenza, yo soy quien las va a arreglar con usted! (*Le blande la sartén delante del rostro y lo hace retroceder hacia el fondo*) ¡Y con usted! (*A ROSITA, haciéndola retroceder en la misma forma*) ¡Y ahora váyanse ustedes de esta casa si no quieren que se me suba la sangre a la cabeza y se arme aquí la de San Quintín...!

CUBANO.— ¡Señora! A mí no me gusta abusar de las mujeres, pero si las circunstancias me obligan, no tendré más remedio que hacer uso de... (*Se escupe las manos y se las frota para hacer uso del bastón. EUFRASIA se aprovecha del movimiento y se apodera del palo*).

EUFRASIA.— (*Blandiendo el bastón en una mano y la sartén en la otra*) ¡Cobarde! ¡Hacer uso del bastón para atacar a una mujer! ¡No le doy a usted con esta sartén en la cara por temor de ponerle esa nariz más fea de lo que la tiene! ¡Largo de aquí, estafador! (*A ROSITA*) ¡Y usted también, explotadora! ¡Hato de ladrones que no quieren sino abusar de la debilidad de este pobre hombre! (*Mientras dice así los va echando hasta que CUBANO y ROSITA desaparecen por el fondo*) ¡Así, partida de bandidos! (*Se vuelve a DON ALEJANDRO y le*

MANUEL RESUMIL ARAGUNDE.

blande la sartén delante del rostro) ¡Y la culpa la tiene usted que se ha dejado coger el lado flaco por esa mala pécora...!

NAPOLEON.— (*Asomando la cabeza por la izquierda*) ¡Ya los echó! (*Entra*) Calla ya tú, Eufrasia, que no tienes derecho a meterte...

EUFRASIA.— Yo no sé si tengo derecho o torcido, pero sí sé que tengo que defenderlos a los dos cuando ustedes no saben defenderse por sí mismos. (*Hace aspavientos con el bastón y la sartén*) ¡Parece mentira! ¡Dos hombres, todo un Alejandro y todo un Napoleón, y se dejan desvalijar por el primer mequetrefe que se presenta...!

NAPOLEON.— ¡Oye, oye! ¡Hasta ahí, no; que yo no estaba aquí cuando...!

EUFRASIA.— ¡Calla tú, que yo sé muy bien hasta donde llega tu valor! ¡Ah, si no fuera por mí! ¡Qué sería de esta pobre casa...! (*Hace mutis con el bastón y la sartén*).

D. ALEJANDRO.— (*Que se ha dejado caer en un sillón, después de una pausa*) ¡Todos son disgustos para mí! (*A NAPOLEON*) ¿No ha venido Paco por aquí hoy?

NAPOLEON.— No; Paco, no. Quienes vinieron fueron Marconi, con un nuevo invento, y Tiziano, con un nuevo cuadro.

D. ALEJANDRO.— ¿Marconi? ¿Tiziano? No entiendo.

NAPOLEON.— Pepito Lantero, hombre, el del motor de los rayos energéticos, y Dominguito, el embadurna-lienzos ése a quien usted ha comprado cuadros en varias ocasiones.

ALEJANDRO «EL GRANDE»

D. ALEJANDRO.— ¡Ah, ya! ¡Pero tienes una manera de decir las cosas! *(Pausa)* Es extraño que Paco no haya llegado. Tengo que hablar con energía a ese muchacho, porque es imposible que siga así. Se deja arrastrar por esa camarilla de parásitos de que se ha rodeado desde que llegó aquí y cada día desciende un paso más en la escalera de la perdición.

NAPOLEON.— ¿Se refiere usted a lo del juego? Ya supe que volvió a perder otra cantidad enorme anoche. Ya se lo previne a usted, Don Alejandro; ese muchacho, si no se trata con mano dura, es un caso perdido. Y la culpa la tiene usted que no sabe ser enérgico. ¡Ah, si fuera conmigo! Ya sabría decirle lo que debe decirsele, ya.

D. ALEJANDRO.— Anoche perdió tres mil pesos más, tomados de la caja de la sociedad. ¡Pobre Paco! ¡A cuántas locuras conduce la inexperiencia! Pero es necesario darle un corte radical a esta situación. Así no se puede seguir. Desde que lo tengo a mi lado no hace otra cosa que derrochar dinero y más dinero. *(Pausa)* Quiero, cuando llegue, que me dejes a solas con él. *(Se abre la puerta del fondo y aparece PACO en el umbral).*

PACO.— *(Entrando apresurado)* Buenos días, tío. ¿Me mandaste a buscar? ¡Hola, Napoleón! *(Deja el sombrero sobre el escritorio).*

NAPOLEON.— ¿Cómo le va? *(Hace mutis por la izquierda).*

D. ALEJANDRO.— Sí; tengo que hablarte. Siéntate. *(PACO se sienta. Pausa)* Paco: no sabes cómo se me aprieta el corazón al tener que hablarte en la forma que voy a hacerlo. Más de una vez te he advertido el peligro a que te lanzabas si-

MANUEL RESUMIL ARAGUNDE.

guiendo la vida de disipación que has llevado hasta hoy; pero lo que voy a decirte ahora no es una advertencia más. Es algo más grave y quiero que me prestes toda tu atención.

PACO.— Seré todo oídos, tío.

D. ALEJANDRO.— Tú no te acuerdas de tu padre: eras todavía muy niño cuando él se murió. Pero yo te digo que fué un buen amigo y fué un buen esposo hasta que enviudó a los pocos meses de haber tú nacido. Y no fué un buen padre, porque la muerte se lo llevó a destiempo. La suerte no le fué propicia y murió pobre. Su última voluntad fué recomendarte a mi cuidado y yo te crié como si fueras mi propio hijo. Te dí todo lo que necesitaste. No te faltó nunca nada. ¡Quizá esa liberalidad que tuve siempre contigo ha sido la causa de que hayas extraviado el buen camino! Nada escatimé para tu educación y, en mi afán de verte hombre útil y grande algún día, te envié al extranjero para que te educaras fuera de nuestro medio que me parecía pobre para tu porvenir. Y en el extranjero, donde deseaba que adquirieras los conocimientos científicos necesarios para que tomaras más tarde la dirección técnica de nuestras empresas, no hiciste otra cosa que dilapidar las remesas que yo te iba haciendo...

PACO.— (*Adolorido*) ¡Tío...!

D. ALEJANDRO.— Ya sé que te es doloroso oírlo; pero más me duele a mí que tengo gran culpa en tu fracaso. (*Habla con la cabeza baja y con los codos apoyados en los brazos del sillón*) Derrochaste el dinero que te mandé y fuiste un mal estudiante. Yo no lo supe entonces, porque tú siempre procuraste ocultármelo todo dándome noticias falsas de tus mentidos progresos. Cuando a tu regre-



ALEJANDRO «EL GRANDE»

so, hace ahora algunos meses, creí que podías ocupar el puesto a que debías ser acreedor por tus largos años de estudio, sufrí una terrible decepción al ver que ni siquiera habías terminado tu carrera. ¿Sabes todo el dolor que eso representa para mí? ¡Mi ideal, la ilusión más grande de mi vida que era verte grande y útil, se derrumbó, se hizo añicos como una bella imagen de cristal arrojada al suelo por manos iconoclastas...! (Pausa) Entonces te dí el puesto que hoy tienes en la tesorería de nuestra corporación para que, a la par que me servías de ayuda, fueras sujetando tu voluntad al trabajo... ¡esa voluntad tuya, tan desbocada...! Pero demostraste ineptitud y negligencia para el cargo que se te había encomendado y tu vida, desde entonces, no fué sino una enorme juerga sin solución de continuidad. En los "cabarets" has ido agotando esas benditas fuerzas que te da la juventud y en los garitos has ido dejando los dineros que se te confiaban.

PACO.— Tío, yo...

D. ALEJANDRO.— Déjame terminar... Han sido muchas las sumas que has ido dejando sobre la mesa de juego y que yo, de mi peculio particular, he ido reponiendo en la caja de la compañía. Hoy ya no puedo disponer de un solo centavo. No me queda sino el valor de las acciones que poseo en la empresa y de eso no podré echar mano, porque lo he puesto en garantía de las sumas que he tenido que tomar prestadas para cubrir las mermas que hacían tus pérdidas en el juego... Te he llamado para decirte cuál era mi situación y no para reprocharte nada. Llevado del cariño que me inspirabas, he tratado siempre de pagar todos tus caprichos y, con ello, he sido, sin darme cuenta, la causa de tu ruina moral. Sólo quiero decirte que yo no puedo con-

tinuar tapando tus faltas y que es necesario que te refrenes si no quieres echar a rodar tu honra y la mía. Repito que no te reconvengo... Te he dado todo lo que tenía: sólo me quedan la vida... y la honra, que vale más que la vida. Y las dos están a tu disposición, si las necesitas para poner las tuyas a salvo... Te invito a reflexionar ahora que es todavía tiempo. Después, será quizás demasiado tarde...

PACO.— Tienes razón, tío. He sido un loco y no he sabido aprovechar la oportunidad que me ha brindado tu bondad. Lo sé; pero ¿ha sido mía toda la culpa?

D. ALEJANDRO.— *(Con la cabeza entre las manos)* Ya he admitido que no, Paco.

PACO.— Muy joven, me hiciste salir de tu lado y me lanzaste a un ambiente muy por encima del nuestro, difícil de dominar por una criatura de corta edad como yo. Salido de la apacibilidad de nuestras costumbres, el cambio me hizo sufrir una fuerte conmoción moral. En mi libertad, no tuve discernimiento suficiente para pensar que iba allí a beber los conocimientos que más tarde habían de hacerme falta para vencer las dificultades de la vida. A esa edad, yo no tenía problemas. Me ví libre, solo, con dinero... En estas condiciones no veía allí sino lugares de placer y de diversión que me fascinaban y atraían con ese embrujamiento con que atrae todo lo que nos es desconocido. Fuí a ellos y pronto se despertó en mí esa inclinación a la vida regalada que es innata en el hombre. ¡Se necesita mucho equilibrio en la voluntad, tío; se necesita una prodigiosa fortaleza de ánimo, para desoir el mágico llamamiento del placer y mantenerse recto en una vida de continencia y templanza como la que requiere el estudio para que sea fecundo! ¡Si tuviera en-

ALEJANDRO «EL GRANDE»

tonces a mi lado una persona que me aconsejara y que encaminara mis pasos, quizás no hubiera tomado el torcido camino que tomé! El único que hubiera podido llevarme de la mano eras tú, y tú estabas aquí muy satisfecho de cumplir con tu deber enviándome dinero cuando te lo pedía... ¡Porque tú eres de los que creen que el bien se hace con dar dinero únicamente...!

D. ALEJANDRO.— (*Alzando la cabeza*) ¿Me reprochas...?

PACO.— No, no te reprocho. Solo quiero enumerar tus errores como tú enumeraste los míos. (*DON ALEJANDRO deja caer otra vez la cabeza en las manos*). Pronto odié los libros y, en la dificultad del idioma, en seguida encontré, al principio, una excusa excelente para no abrirlos. Más tarde, no me sentí atraído por ellos y el estudio fué lo que menos me preocupó. Tenía algo más agradable en que perder el tiempo. ¡Y no fui yo solo! A mi lado, derrochando también juventud y dinero, había muchos más, de distintos puntos de la tierra, que compartían conmigo aquellas, para todos nosotros, horas muy felices. La perversión del espíritu es fácil y nosotros pronto nos acostumbramos a mentir, a dar noticias falsas del resultado de nuestros exámenes, a saber crear situaciones difíciles que sirvieran de pretexto para pedir más dinero. Tú nunca me lo negaste...

D. ALEJANDRO.— ¡Desgraciadamente, nunca..!

PACO.— Pasó el tiempo y el título universitario que había ido a buscar seguía en blanco. Pero era necesario volver, porque ya no se podían urdir más engaños, y volví a tu lado. Yo pude regresar: otros no pudieron. Unos dejaron allá mismo sus

MANUEL RESUMIL ARAGUNDE.

cuerpos agotados por los excesos; otros fueron a exhalar el último suspiro al lado de los suyos, después de haber diseminado en el aire y en el suelo del país ajeno y lejano la mitad de sus pulmones. Todo eso lo veo ahora... *(Pausa)* Cuando llegué ni siquiera te quejaste de mi conducta: tu bondad y tu cariño te hicieron débil y de tus labios no salió la reconvención que merecía y esperaba ni la invitación a enmendarme. Te limitaste a decirme que me sería fácil terminar mi carrera en nuestra universidad y, para cortar mi libertad, me llevaste a tu lado a trabajar entre montones de monedas y billetes de banco... ¡Magnífica ocasión para avivar el fuego de la pasión más grande que ha dominado mi vida: el juego...! Y yo seguí jugando y tú encubriendo mis faltas y satisfaciendo mis caprichos... ¿Es mía toda la culpa?

D. ALEJANDRO.— *(Alzando la cabeza)* Ya te he dicho que no. Por eso te he querido hablar hoy como acabo de hablarte. Era necesario... ¡He sufrido y sufro mucho, Paco! Primero, tú, y después, otros proyectos, otras cosas que se me habían metido en la cabeza o, mejor dicho, en el corazón. Todo ha contribuido a atormentarme. Pero, de todo, lo único que me importa ahora es lo tuyo, tu porvenir. Tú eres joven, Paco, y el mundo es para tí...

PACO.— Sí; ya sé a qué te refieres: a Sylvia. Ya sé que pretendías que fuera tu esposa. Hubiera sido una atrocidad sacrificar su juventud; pero, después de todo, hubiera salido mejor contigo viejo, que conmigo joven. Me parece ver en tus palabras un reproche porque la amo... Es verdad; pero he abandonado todas las esperanzas... Sylvia no puede ser para mí.

D. ALEJANDRO.— ¿Por qué no? Eres joven,

ALEJANDRO «EL GRANDE»

tienes una buena posición social y, si enmiendas tu vida, serás el mejor partido que ella pueda conseguir.

PACO.— No, tío. Jamás podría satisfacer los lujos y caprichos de que vive rodeada. Ahora no habla en ella sino ese sentimiento que ella cree que es amor y dice que mi pobreza no es obstáculo para su cariño, pero...

D. ALEJANDRO.— Su padre posee un capital considerable y ella es su única heredera...

PACO.— (*Exasperado*) ¡Me insultas, tío! (*Se levanta*) ¡No estoy tan pervertido como crees! Yo no ando a caza de fortunas ni acepto limosnas. Es necesario que renuncie a ella para siempre, porque no quiero engañarme a mí mismo. Al principio, todo iría bien: las consecuencias vendrían más tarde. No, no puedo... ¡Yo tengo la vida hecha pedazos, tío! (*Desesperado, se lleva las manos a la cabeza*) ¿Qué voy a hacer yo sino soy más que un inútil? ¿Qué hemos hecho de mi vida, tío?

D. ALEJANDRO.— (*Levantándose y acercándose a PACO*) ¡Paco...! ¡El corazón no sangra cuando las manos están ocupadas! ¿No podrías encontrar en el trabajo lo que te falta para colocarte en el plano en que se encuentra Sylvia? Lo mío no fué más que una locura... ¡chocheces de la vejez! No lo pude ver al principio, pero ya estoy curado. Tú eres joven y puedes, con nuestra ayuda, reconstruir tu vida, terminar tu carrera y, dentro de pocos años, estar en condiciones de equipararte a Sylvia. ¿Por qué no pruebas, a ver? Si ella te quiere, te esperará y su mismo cariño te dará paciencia para ir paso a paso...!

PACO.— ¡Paciencia...! ¡Esperar...! ¿Crees

MANUEL RESUMIL ARAGUNDE.

acaso que puedo tener paciencia con toda esta desesperación que hay en mí, con todo este revuelco en la sangre que me produce el haber vivido siempre sin necesitar nada y ver que ahora necesito y no encuentro con qué satisfacerme? ¿Me has enseñado tú a tener paciencia? ¿Me has enseñado tú a reconstruir una vida, a labrar un porvenir? ¡No ves que yo sólo he aprendido a derrochar dinero! ¿Cómo quieres, pues, que tenga paciencia? ¿Cómo quieres que trabaje, si no sé? ¿Cómo quieres que me abra camino si estoy ciego y no sé por donde he de marchar? *(Toma el sombrero y va haciendo mutis rápidamente)* Pero yo encontraré algún modo de abrirme paso en la vida. Si no poseo para ello los verdaderos conocimientos, los conocimientos de las gentes honradas, yo aplicaré los míos... ¡los que yo conozco! *(Vase por el fondo)*.

D. ALEJANDRO.— ¡Paco, Paco...! ¿Adónde vés, muchacho? *(Al ver desaparecer a PACO, se desploma en un sillón y hunde la cabeza entre las manos)*.

TELON.

ALEJANDRO «EL GRANDE»

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior.

Al levantarse el telón, DON ALEJANDRO, sentado al escritorio, termina de poner la dirección a un sobre.

D. ALEJANDRO.— *(Dejando la pluma)* Ya está. *(Pliega la carta y la introduce en el sobre)*. Si, después de esto, el muchacho no se enmienda, no hay quien lo enmiende. Ya que todos los esfuerzos hechos hasta ahora han sido inútiles, haremos el último, el supremo. *(Cierra la carta y suspira)* ¡Cuánto trabajo cuesta hacer el bien!

SYLVIA.— *(Entra por la puerta del fondo sigilosamente mirando a todos lados)* ¡Don Alejandro! ¿Está usted solo?

D. ALEJANDRO.— *(Sorprendido, esconde la carta y se levanta)* ¡Sylvia! ¿Qué la trae aquí tan temprano?

SYLVIA.— Algo importante. Pero no quisiera que nadie se enterara de mi visita. Quería hablar

MANUEL RESUMIL ARAGUNDE.

con usted a solas, pero no encontraba ocasión. Por fin, hoy, a la salida de misa, me atreví a entrar a verle... Pero ¿qué le pasa a usted que está tan demacrado?

D. ALEJANDRO.— (*Confuso*) ¡Nada... nada...! He pasado la noche bastante mal... ¡Este maldito reuma...! Pero dígame: ¿en qué puedo servirla?

SYLVIA.— ¡Ay, Don Alejandro...! ¡Si usted supiera lo mucho que sufro... (*Se queda mirándolo profundamente*) ¡Anhelaba encontrarme a solas con usted para desahogar mi pobre corazón todo inundado de amarguras y sinsabores!

D. ALEJANDRO.— ¡Pero, señorita...! Explíquese usted... ¿Qué le pasa?

SYLVIA.— ¿De veras que nadie nos ve ni escucha?

D. ALEJANDRO.— Esto está completamente solo. Napoleón anda por las habitaciones de atrás y no vendrá aquí si no lo llamo. Puede usted hablar con toda confianza.

SYLVIA.— (*Acercándosele mucho y entrecortada*) ¡Don Alejandro...!

D. ALEJANDRO.— (*Aparte*) ¿De dónde saldrá tanta ternura para mí? (*Alto*) Diga usted, señorita...

SYLVIA.— (*Con tono meloso*) ¡Don Alejandro...! Usted siempre ha sido bueno con todo el mundo. Su bondad ha enjugado muchas lágrimas, ha alimentado muchas bocas, ha dado calor a muchos hogares...

D. ALEJANDRO.— Señorita, ¿ha venido usted

ALEJANDRO «EL GRANDE»

a cantarme alabanzas? Hágame el favor de dejar a un lado todo eso y dígame qué quiere de mí.

SYLVIA.— ¡Yo sufro, Don Alejandro; sufro horriblemente y vengo a usted para que alivie mi sufrimiento! (*Solloza*).

D. ALEJANDRO.— Para eso, un facultativo, señorita. Yo no soy médico.

SYLVIA.— (*Mirándole fijamente*) Pero usted es el único médico de mi mal.

D. ALEJANDRO.— ¿Y cuál es su mal, Sylvia?

SYLVIA.— (*Entre sollozos*) ¡Ay, Don Alejandro...! ¡Mi mal es mal de amor y solamente usted puede buscarle remedio...!

D. ALEJANDRO.— (*Sorprendido*) ¿Yo, señorita?

SYLVIA.— Sí, usted... ¿No me dijo usted que me quería, que yo era la única mujer que podía poner un poco de felicidad en su vida? ¿No me dijo usted que todo lo daría, que todo lo haría por mí?

D. ALEJANDRO.— (*Cada vez más sorprendido*) Sí, Sylvia; recuerdo que todo eso le dije...

SYLVIA.— (*Con enfado*) ¿Y ya se arrepintió usted? ¿Ya no significo nada para usted? ¿Ya todo aquel fuego de palabras, toda aquella hoguera de frases hermosas y promesas halagadoras que usted me pronunció de rodillas, se ha extinguido? ¡Ah! ¡Qué infames son los hombres todos! ¡Infeliz de mí que creía que usted era distinto...! (*Llora*).

D. ALEJANDRO.— (*Tratando de calmarla*) ¡Por Dios, señorita! ¡Cálmese usted...! (*Aparte*) ¡Pues, Señor, no entiendo a las mujeres! ¡El otro

MANUEL RESUMIL ARAGUNDE.

día me dijo que yo estaba chiflado o cosa así y hoy hémela aquí suplicándome...! (*Alto*) No se aflija usted. Había cambiado en mi modo de pensar desde el día que le dije todo eso que usted acaba de mencionar ahora; pero estoy dispuesto a renovar todas mis promesas, si ello ha de traer a usted la tranquilidad. ¡Serénese usted, Sylvia!

SYLVIA.— (*Dejando de llorar*) Entonces ¿aún me quiere usted? ¿No me guarda usted rencor? ¿Todavía soy algo para usted?

D. ALEJANDRO.— (*Aparte*) ¡Siento nacer de nuevo en mi pecho la vieja esperanza! (*Alto*) ¡Sylvia! ¡Usted lo es todo para mí!

SYLVIA.— (*Abrazándolo*) ¡Ay, qué feliz me hace usted! ¡Ya creía haber perdido su cariño para siempre!

D. ALEJANDRO.— (*Enardecido por el abrazo*) Mi cariño no lo perderá usted nunca, Sylvia. La quiero y la querré siempre. En mi vida no ha habido jamás un momento de felicidad, pero lo habrá el día que pueda estrecharla a usted en mis brazos y llamarla...

SYLVIA.— (*Interrumpiéndole*) ¡Sobrinita! ¿Verdad?

D. ALEJANDRO.— (*Sorprendido*) ¡Cómo!

SYLVIA.— ¡Sí, Don Alejandro! Porque con la ayuda de Dios, que me parece haberla ya conseguido por lo mucho que le llevo rezado, y la de usted, que no me faltará desde ahora, me casaré con Paquito muy pronto.

D. ALEJANDRO. ¡Ah! (*Se desploma en un sillón*) ¡Paquito...!

ALEJANDRO «EL GRANDE»

SYLVIA.— (*Yendo hacia él*) ¿Qué le pasa? ¿Se siente usted malo?

D. ALEJANDRO.— ¡No... nada...! ¡El reuma... el reuma que no me permite tenerme en pie mucho tiempo...!

SYLVIA.— (*Alegre*) No quería venir a verle porque temía que, después de la escenita aquella de la declaración de usted, le sería enfadosa mi presencia. Pero ya veo que no me guarda usted rencor ninguno y que está usted dispuesto a ayudarme. (*Zalamera*) ¿Verdad que sí, tío? Le llamo así porque estoy segura, segurísima, de que será usted en breve mi tío. (*Se sienta en uno de los brazos del sillón y le pasa la mano por la cabeza*) ¡Ya verá que sobrinita tan encantadora va a tener usted! ¿Y verdad que yo también voy a tener en usted un gran tío? ¿Acepta usted?

D. ALEJANDRO.— ¿Qué? ¿Lo de ser un gran tío?

SYLVIA.— (*Meneando con coqueteria la cabeza en señal de asentimiento*) ¡Sí!

D. ALEJANDRO.— (*Resignado*) ¡Bueno! Ya que no puedo conseguir lo otro, me conformaré con lo de ser tío.

SYLVIA.— (*Pasándole la mano por la barbilla*) ¡Qué bueno eres!

D. ALEJANDRO.— Pero, por fin, ¿qué quieres de mí?

SYLVIA.— (*Suspirando*) ¡Ay, tío! ¡Qué cosa terrible es el amor y qué difícil es entenderse con él!

D. ALEJANDRO.— (*Ensimismado*) ¡Bien lo

has dicho! ¡Terrible cosa es el amor y terrible cosa es también el ser bueno, consecuencia inmediata del amor! Y mientras se traiga al amor mezclado con el odio y al bien mezclado con el mal, ambas cosas —amor y bien— han de ser una carga para las almas. ¡Cosa difícil de conseguir es el amor y cosa difícil de hacer es el bien! Al mal y al odio, por ser ruines, les es permitido el uso de todos los medios para la consecución de sus fines. No así al amor y al bien que, por ser inmaculados, han de ir siempre desabrigados y sin otra protección que la llama de la pureza... ¡Parece una paradoja, pero desgraciadamente es así...! (*Suspira y hay unos segundos de silencio*).

SYLVIA.— (*Acariciándolo*) ¡Qué pensamientos tan bonitos tienes, tío! Pero desecha esas tristezas y escúchame...

D. ALEJANDRO.— (*Saliendo de su ensimismamiento*) ¡Tienes razón...! A veces me da por desvariar. Habla...

SYLVIA.— Pues te voy a contar. Me enteré de todo lo de Paquito y de lo mucho que tú has luchado por encubrirlo y evitar su deshonor. He sabido que juega y que en más de una ocasión ha dispuesto de los fondos que tiene a su cuidado en la oficina...

D. ALEJANDRO.— ¡Cielos! ¿Y cómo has sabido eso? ¿Fué acaso Napoleón que...?

SYLVIA.— No, tío, no... Fué Paquito mismo. Ayer llegó a casa todo excitado y dijo que quería hablarme. Dió la casualidad de que papá no estaba en casa en ese momento, sino se hubiera enterado de todo y sabe Dios lo que hubiera pasado. Como un torbellino, me contó el altercado que había

ALEJANDRO «EL GRANDE»

tenido contigo a causa de su conducta. Me dijo que no era digno de mí y que sentía haberse hecho pasar ante mis ojos como un caballero cuando no era más que un hombre sin honor. Me dijo también que nuestras promesas quedaban rotas y que no volvería a verle jamás. Luego salió tan violentamente como había entrado sin que me diera lugar a decirle ni a preguntarle nada. ¡Qué escena tiíto! *(Pausa)* ¡Me pasé la tarde desesperada y la noche sin pegar los ojos...! Esta mañana fui a misa y, a la salida, no quise ir a casa sin entrar aquí a pedirte que hagas algo por él... ¡Yo me moriré si me falta su cariño...! *(Sollozando)* ¡Porque yo lo quiero, tiíto, yo lo quiero...!

D. ALEJANDRO.— ¿Estás segura, Sylvia? ¿No será un capricho como muchos otros que has tenido?

SYLVIA.— ¡Tiíto, por Dios...! ¡No me mortifiques! Te digo que lo amo y que yo no quiero la vida sin él. No es capricho: es amor desnudo, solo, como es el verdadero amor...

D. ALEJANDRO.— ¡Sylvia! He agotado todos los recursos para corregir a Paco y he fracasado. No tiene orden para vivir y carece de aptitud para llevar una existencia digna entre los hombres. Paco no lleva la vida en alto como todos los que tenemos un poco de vergüenza... Paco la arrastra por el suelo, la revuelca en el cieno, como si fuera algo despreciable... Temo que algún día dé un disgusto de los grandes y que lo veamos entre las rejas de una cárcel. Es más: creo que es de todo punto imposible encaminarlo por la buena senda. En un hombre así ¿qué adorno puedes ver tú que te inspire amor?

MANUEL RESUMIL ARAGUNDE.

SYLVIA.— (*Poniéndose en pie y dando pataditas en el suelo*) ¡Mi cariño no se inspira en adornos, títo! Lo amo a él, a él solo. ¡Nada me importa su arrogancia; nada, sus ademanes finos; nada, su gracia en el hablar, su belleza física, su elegancia en el vestir...! ¡Nada de eso me importa! Sólo lo amo por ser él, cualquiera que sea su nombre, cualquiera que sea su condición, cualquiera que sea su estado... ¡Y lo amaré siempre, títo...! ¡Lo amaré enfermo o sano, pobre o rico, hermoso o deforme, hombre de bien o presidiario...! El mío no es amor de cosas accidentales... Lo amo por ser él, nada más. ¡Y nada ni nadie me harán cambiar, títo...! (*Dice todo esto con vehemencia*).

D. ALEJANDRO.— Hablas así, Sylvia, porque te encuentras en un estado de excitación nerviosa y no recapacitas. Pero, cuando te des cuenta de que hay una sociedad que pesa las cosas accidentales que tú dices y las juzga severamente; cuando te des cuenta de que, unida tu suerte a la de él, sus humillaciones serán humillaciones para tí también... entonces, Sylvia, pensarás de otra manera. Entonces le reprocharás que sea la causa de las vejaciones que tú sufres; lo acusarás de haber acarreado sobre tí la deshonra que le mancha, y eso que tú crees amor se tornará en desprecio. Es necesario que pienses, que recapacites...

SYLVIA.— (*Con energía*) Mi decisión está ya tomada y nada me arredrará aunque me vayan en ello la vida, la honra y todo. He venido aquí para pedirte que me ayudes a levantar a Paquito. Si quieres ayudarme, bien; si no, trataré de hacerlo yo sola.

D. ALEJANDRO.— (*Levantándose*) No sabes cuánto me satisface tu decisión, reveladora de un

ALEJANDRO «EL GRANDE»

alma noble en que ha nacido un cariño noble. Si cada hombre tuviera una mujer que lo amase como amas tú, no habría hombres malos sobre la tierra. (*Le toma una mano entre las suyas*) Escúchame. Nadie en el mundo puede desear más que yo la felicidad de Paco. Mucho he trabajado para conseguirla, pero los esfuerzos me han agotado. Sólo me queda un recurso, el último, y, si apurado este recurso, Paco no se regenera, es que ha renunciado para siempre a ser hombre de bien.

SYLVIA.— (*Curiosa*) ¿Y cuál es ese recurso, tío?

D. ALEJANDRO.— (*Pensativo*) Permíteme que me lo reserve por ahora; pero sabe que yo me sacrificaré, lo sacrificaré todo por hacer de Paco un hombre bueno. Si no lo consigo no será mía la culpa. (*Pausa*) Bueno... Vuelve a tu casa y descuida, que yo haré por Paco lo que tú quizás no podrías hacer.

SYLVIA.— ¿No lo has visto hoy, tío?

D. ALEJANDRO.— No; pero no tardará en bajar.

SYLVIA.— Entonces, adiós, tío. No sabes lo aliviado que llevo el pecho al saber que tú vas a interesarte por Paquito. No le digas que estuve aquí, pero haz todo lo posible porque vaya a verme. Hazlo ir ¿sabes?

D. ALEJANDRO.— Sí, le diré que vaya. Descuida.

SYLVIA.— (*Echándole los brazos al cuello*) ¡Adiós, tío!

D. ALEJANDRO.— ¡Adiós, diablillo! (*Vase SYLVIA*). ¡Amor, amor, qué sublime eres y cuántos

MANUEL RESUMIL ARAGUNDE.

vuelcos le haces dar a un corazón! (*Vuelve a su escritorio, hace sonar el timbre y al poco rato aparece NAPOLEON*).

NAPOLEON.— (*Entrando por izquierda*) Buenos días, Don Alejandro. ¿Cómo descansó usted?

D. ALEJANDRO.— Regular. ¿Y tú?

NAPOLEON.— No muy bien tampoco.

D. ALEJANDRO.— ¿Ya se levantó Paco?

NAPOLEON.— No lo he sentido. Como anoche o, mejor dicho, esta mañana llegó beodo, ebrio o borracho...

D. ALEJANDRO.— (*Exasperado*) ¡Y siguen los sinónimos! ¿Cuándo me dejarás en paz con tu manía, hombre?

NAPOLEON.— Perdone usted. Es que el vocablo se me había presentado tan tentador que no pude resistir...

D. ALEJANDRO.— (*Reprendiéndolo*) Pues has de saber contenerte para otra vez. (*Con tono moderado*) Me retiro a mi cuarto. Si viene Gilberto Martínez, lo haces pasar.

NAPOLEON.— ¿Gilberto Martínez, el dueño del cabaret "La Barca"?

D. ALEJANDRO.— El mismo. (*Vase por derecha*).

NAPOLEON.— (*Solo*) Don Alejandro está demente, insano o loco. (*Señala la sien con el dedo índice*) Es una verdadera insensatez, necedad o falta de juicio que este hombre esté en contacto, conexión o tratos con ese Martínez que no es más que un tahir, jugador fullero o... (*Llaman a la*

ALEJANDRO «EL GRANDE»

puerta) ¡Ahí está Martínez! (*Abre la puerta del fondo*).

MARTINEZ.— (*Entrando con un paquete debajo del brazo*) ¿Está Don Alejandro?

NAPOLEON.— Sí. Dejé dicho que lo esperaba en su habitación, cuarto o dormitorio.

MARTINEZ.— (*Extrañado*) ¡Cómo!

NAPOLEON.— (*Indicándole la puerta de la derecha*) Que transponga, traspase o interponga usted ese umbral que adentro le espera Don Alejandro. (*Vase MARTINEZ*) ¿Qué lío, asunto o negocio se traerán entre manos este Martínez y Don Alejandro? Barrunto que debe ser cosa seria, grave o de consideración y, sin duda, referente, relativa o concerniente a Paco. Pero Don Alejandro no debiera permitir que gente de esta catadura, calaña o ralea, intervenga, se mezcle o inmiscuya en sus cosas. (*Se sienta y se pasa la mano por la frente*) Tengo jaqueca, cefalalgia o dolor de cabeza y no imagino, conjeturo o colijo cuál puede ser la causa, porque anoche dormí descansada, cómoda o confortablemente. (*Bosteza*) ¡Hombre! ¡Si es que estoy en ayunas! Todavía no he comido, ingerido o deglutido nada hoy. (*Se levanta*) ¡Déjame ir por la cocina a ver si hay un bocadillo, pisco-labis o...

MARTINEZ.— (*Entrando de espaldas y hablando hacia la puerta de la derecha*) Puede usted confiar en mí. (*Da la vuelta y sale por el foro*).

D. ALEJANDRO.— (*Entrando detrás de MARTINEZ*) Napoleón, sube y dí a Paco que baje. Y dí a Eufrasia que vaya a buscar a la señorita Sylvia de mi parte. Que deseo verla con urgencia.

NAPOLEON.— ¡Muy bien, Don Alejandro!

(*Aparte*) ¡Caray! ¿En qué parará tanto misterio?
(*Vase por izquierda*).

D. ALEJANDRO.— (*Decidido*) ¡Ea! ¡No lo pensemos más! ¡Es necesario dar este paso! (*Saca un revólver del bolsillo*) He aquí el arma mortífera, el consuelo de tantos suicidas. (*Lo coloca en la sien*) ¡Caray! ¡Está frío como los labios de la muerte! (*Lo retira de la sien*) En la sien, no; porque desfigura el rostro. Es mejor aquí. (*Lo coloca sobre el corazón*) No hay más que apretar fuertemente en el gatillo y ya está. (*Se oye ruido y pasos y guarda apresuradamente el arma*) ¡Alguien viene!

NAPOLEON.— (*Entrando por izquierda*) Paco baja en seguida; está acabando de vestirse. Y Eufrasia ha ido a buscar a la señorita Sylvia.

D. ALEJANDRO.— Perfectamente. Voy a echarme un rato, porque me siento un poco mal. Cuando baje Paco le das esta carta. (*Le entrega una carta*).

NAPOLEON.— Está bien, Don Alejandro. (*Vase DON ALEJANDRO por izquierda*) ¡Que Lucifer, Luzbel o Satanás me lleve si entiendo, comprendo o descifro nada de esto! (*Leyendo el sobre*) “Señor Don Francisco Masдона.— Sus manos”. Don Alejandro hace como los enamorados primerizos que no se atreven a declarar su pasión de palabra, oral o verbalmente y lo hacen por escrito. No se atreve a hacerle cara a cara a su sobrino las objeciones, censuras o reparos que merece su conducta y le escribe esta carta. Indiscutiblemente que eso denota timidez, pusilanimidad o debilidad de espíritu. ¡Si fuese yo, ya vería él las medidas enérgicas, drásticas o draconianas que había de tomar! ¡Yo sí habría de corregirlo a fuerza de razones convincentes! La

ALEJANDRO «EL GRANDE»

primera razón, un soberbio bofetón, sopapo o bofetada (*Hace el ademán*) que le hiciera ver todas las estrellas visibles a simple vista que hay en la bóveda celeste, firmamento o cielo. La segunda, otro bofetón, sopapo o bofetada que le hiciera ver todas las estrellas invisibles a simple vista que hay en la ídem, ídem o ídem. La tercera, una bien medida patada, puntapié o puntera en la región que usa para tomar asiento (*Hace el ademán*) que le hiciera guardar cama por una semana. (*PACO ha entrado cabizbajo por izquierda y se acerca a NAPOLEON sin que éste se dé cuenta*) La cuarta (*Ve a PACO*)... la cuarta... digo, la carta, la carta...! ¡Aquí tiene usted la carta! (*Le entrega la carta a PACO*).

PACO.— ¿Qué carta es ésta? (*La toma*).

NAPOLEON.— Es la carta, misiva o epístola que Don Alejandro me ha mandado entregarle tan pronto usted bajara.

PACO.— ¿Y me has hecho bajar para esto?

NAPOLEON.— Esa era la orden, disposición o mandato de su tío.

PACO.— ¿Qué querrá mi tío? (*Rasga el sobre y lee*) “Querido Paco: En vano he luchado por hacer de tí un hombre de valer: sigues tu camino de perdición deshonorando tu nombre y el mío. Supe que anoche perdiste en la mesa de juego los diez mil pesos que se tenían reservados para los pagos de mañana y, como yo no puedo reponerlos ni sobrevivir a la deshonra, he decidido quitarme la vida. (*Desde aquí lee con más ardor y con más rapidez*) Dejo una carta escrita declarando que soy yo quien sustrajo y malgastó esos fondos, con lo cual quedarán a salvo tu nombre y tu reputación. Es éste el

último esfuerzo que hago por reformarte y espero que lo aprovecharás. (*Suena un disparo dentro y suspende la lectura, sobresaltado. NAPOLEON lanza un grito y sale por la puerta de la derecha apresuradamente. PACO prosigue, nervioso, la lectura*) Si mi supremo sacrificio da el resultado que anhelo, te bendeciré desde la mansión de los que no vuelven. Tu tío, Alejandro.” ¡Ah, tío, tío...! (*Corre hacia la derecha y se encuentra con NAPOLEON que entra con el rostro livido*) Fué él ¿verdad?

NAPOLEON.— (*Entrecortado*) ¡Sí...! ¡Un tiro en el corazón...! (*Señala al interior de la habitación*) ¡Helo ahí en el suelo, en un charco de sangre...! (*PACO sale*) ¡Qué bruto, Dios mío...! (*Saca un pañuelo y se limpia el sudor que le corre por la frente*) ¡Quitarse la vida así de repente, sopetón o improviso...! ¡Es para matar a cualquiera del susto...!

PACO.— (*Asomando por la derecha*) Ven, Napoleón, a ayudarme a traerlo. A ver si hacemos algo por él. (*Vanse los dos y al poco rato entran con el cadáver de DON ALEJANDRO en mangas de camisa, la que está agujereada y ensangrentada en el lugar del corazón. Lo dejan en el sofá de frente al público*) ¡Tío, tío...! (*Se tapa la cara con las manos y solloza. Entran SYLVIA y EUFRASIA por el foro y, al ver el cadáver de DON ALEJANDRO, ambas lanzan un grito. EUFRASIA corre hacia el cadáver y SYLVIA, hacia PACO*).

NAPOLEON.— (*A las dos*) ¡Se ha matado!

SYLVIA.— (*Consternada*) ¡Qué horrible! ¡Me lo suponía! ¡Era el supremo esfuerzo de que no quería hablarme! ¡Paco! ¡Que desgracia! (*Llora*).

ALEJANDRO «EL GRANDE»

PACO.— (*Entregándole la carta que tiene arrugada en la mano*) ¡Lee tú! (*SYLVIA lee*).

EUFRASIA.— (*Llorando*). ¡Pobre Don Alejandro! ¡Tan bueno que era él y tan malo que ha sido su fin! (*Saca un pañuelo y se seca las lágrimas sin dejar de sollozar*) ¡Ay, Don Alejandro! ¡Ya sabía yo que tanta bondad no había de conducir a nada bueno! ¡Tanto empeñarse en hacer bien para terminar tan mal!

SYLVIA.— (*Acabando de leer la carta*) ¡Paco! ¿Qué has hecho? ¡Mira hasta donde ha llegado por tí! ¡Un padre no hubiera hecho más por su hijo! (*Continúa llorando*).

EUFRASIA.— (*A PACO*) ¡Y la culpa de todo la ha tenido usted! ¡Tan feliz como era él antes de usted venir a esta casa! ¡Usted trajo al diablo consigo y el diablo no se fué de esta casa hasta que acabó con la vida de este hombre!

NAPOLEON.— (*Compungido*) ¡Tanto afanarse en el mundo; tanto calmar dolores, enjugar lágrimas, socorrer necesidades, apaciguar ánimos, encubrir deshonras, y salvar vidas ajenas para no poder conservar ni siquiera la suya! (*A PACO*) ¡Tan to como este hombre luchó por hacer de usted un hombre honrado y lo que consiguió fué acabar con su propia vida! ¡Porque estoy seguro de que su muerte se debe a alguna de esas calaveradas que hace usted a cada rato! (*Se limpia los ojos con la manga*).

SYLVIA.— ¡Paco! ¡Cómo te va a pesar la conciencia ahora! ¡Hasta aquí nada ha sido nada para tí; pero desde ahora ¡cómo podrá tu alma con el peso de esta muerte encima noche y día? ¿No te hará cambiar de vida el postrer rasgo de bondad de

MANUEL RESUMIL ARAGUNDE.

este hombre? ¿No ha de influir nada en tu ánimo este sacrificio sublime?

PACO.— (*Desesperado*) ¡Callaos todos! (*Se lleva las manos a las sienes con expresión de dolor*) ¡Se me saltan las sienes...! ¡Me van a estallar las venas...! ¡Qué ruín soy...! ¿Quién habrá metido tanta maldad en mi cuerpo? (*Abatido, se arrodilla ante el cadáver*) ¡Alejandro Masdona, el bueno...! ¡Alejandro, el grande, como te decían todos...! ¡Tío mío...! ¡Perdón por lo que te he hecho sufrir...! ¡Perdón por haberte matado...! ¡Hasta hoy sufriste; pero desde hoy descansarás! ¡Descansará tu cuerpo y descansará tu alma...! ¡Tu muerte será mi vida...! ¡Aquí, ante tu cadáver aun caliente, con la sinceridad con que se habla a los muertos, te juro que he de enmendarme! ¡Acaba de nacer otro hombre en mí, tío mío...! ¡Dos minutos de dolor me han enseñado más que diez años de felicidad...! (*Pausa breve, durante la cual deja caer la cabeza sobre el pecho*) ¡Duerme, tío! ¡Diré adiós a mi mundo y entraré en el que tú acabas de dejar: abandonaré el de los malos y pediré entrada en el de los buenos! ¡Lástima que tú no lo veas con los ojos del cuerpo...! ¿Verdad que tu alma está satisfecha ahora, tío...? ¡Por lo menos una vez, han dado fruto tus esfuerzos; pero, por una fatalidad que unía tu suerte a la mía, lo dan cuando no puedes gozar del único momento de felicidad que yo podía darte...! (*Se levanta*) ¡Adiós, tío...! ¡Ya no puedo hacer nada aquí, ni siquiera amargarte la vida...! ¡Me iré lejos y, cuando sea un hombre, un verdadero hombre, tal como tú querías, volveré para decírtelo! ¡Te lo diré allá en el cementerio! ¡Allí, ante tu tumba, no te mentiré como te mentí tantas veces antes! ¡Adiós, tío...! (*Hace ademán de irse*).

ALEJANDRO «EL GRANDE»

SYLVIA.— (*Deteniéndolo*) ¡Paco! ¿Adónde vas?

PACO.— ¡A hacerme hombre! Ya que todos los sacrificios, todos los consejos y desvelos de los otros no han podido hacerme bueno, yo iré a hacerme solo.

SYLVIA.— ¿Tú solo? ¿Con qué recursos, con qué...?

PACO.— (*Interrumpiéndole*) Con la fe que tengo en mí desde ahora. ¡Ya ves! Llevo conmigo fe, fuerzas, juventud... Llevo de todo menos corazón. Tú y él (*Señala el cadáver*) eran los únicos afectos que había aquí (*Señala el corazón*): a él acabo de perderlo para siempre y a tí... ¡tengo que dejarte! ¡Adiós, Sylvia! (*Se dirige al foro*).

SYLVIA.— (*Llorando*) ¡Paco! ¡Espera! (*PACO se detiene*) ¡No puedes dejarnos así...! ¡No sabes cuánto bien me ha hecho el oírte...! (*Se le acerca y le habla con ternura*) ¡Te quiero, Paco...! ¡Quédate a mi lado...! ¡Aquí, junto a mí, puedes hacerte hombre también!

NAPOLEON.— (*A PACO*) Bueno... Pero iba a resultar ahora que quienes tienen que cargar con el cadáver, muerto o difunto somos nosotros? ¡Pues no faltaba más! ¡Si usted quiere enmendarse, reformarse o regenerarse (*El cadáver le da un pellizco*)... ¡Eh...! (*Mira alrededor, asustado. Aparte*) ¡Habrá sido alucinación...! (*Se lleva la mano a la parte pellizcada y se separa un poco del cadáver. Alto*)... regenérese, refórmese o enmiéndese usted donde, cuando y como quiera que buena falta le hace; pero no nos endose, encaje o endilgue usted el muerto! Ayúdenos, socórranos o auxilie...

D. ALEJANDRO.— (*Levantándose, furioso*) ¡Caray! ¡Pero que ni muerto me dejas en paz con tu caterva de sinónimos! (*SYLVIA da un grito y se abraza, asustada, a PACO y EUFRASIA grita también y corre despavorida hacia el foro. NAPOLEON sale corriendo por la derecha y asoma la cabeza asustado*). ¿No te tengo dicho infinidad de veces que no uses esas sinonimias delante de mí, que me ponen los nervios de punta? ¡Yo que estaba esperando a que los dos (*Señala a PACO y a SYLVIA*) se abrazaran enternecidos para resucitar y vienes tú a echarlo todo a perder...!

NAPOLEON.— (*Todavía sobrecogido de espanto*) Pe... pero ¿de... de veras que... que... no está usted muerto, cadáver o dif...!

D. ALEJANDRO.— (*Fuera de sí y cogiendo un jarrón que hay encima de la mesa*) ¡Pronuncia una sílaba más y te aplasto...!

NAPOLEON.— Perdone, Don Alejandro; pero, como estaba usted muerto, creí que no le importaría. (*Entra*).

D. ALEJANDRO.— (*Colocando el jarrón en su sitio y dirigiéndose a las mujeres*) No temáis vosotras. Acercaos que no estoy muerto. Y tú, Paco, abrázame.

PACO.— (*Abrazándolo*) ¿Pero es de veras que no tienes nada? (*Le toca el lugar de la herida*) ¡Ni siquiera está herido...!

D. ALEJANDRO.— Felizmente no tengo nada; pero créeme que hubiera llegado al suicidio si hubiera sido necesario... Venid que voy a contaros... (*Se acercan todos. A PACO*) Supe que anoche ibas a jugarte los diez mil pesos que se destinaban a los pagos de mañana. Cuando ayer, después de

ALEJANDRO «EL GRANDE»

la discusión que tuvimos, te ví salir de aquí tan desesperado, sospeché que algo grande ibas a hacer y en seguida pensé en el dinero que había guardado en la caja...

NAPOLEON.—(A PACO) ¡Y perdone usted el mal pensamiento...! (PACO se sonríe).

D. ALEJANDRO.—Al principio me pareció que la pérdida de ese dinero iba a traer la deshonra de los dos y hasta llegué a inclinarme por el suicidio con el fin de echarme a mí la culpa del desfalco y salvarte a tí de esa manera. Pero luego me dí cuenta de que yo podía hacer que te ganaran el dinero y que me lo devolviesen. Como tú acostumbrabas a ir al garito de “La Barca”, consideré fácil entenderme con Martínez, el dueño. En efecto, Martínez me debe muchos favores y conseguí mediante una ingeniosa combinación entre dos jugadores preparados de antemano, que te despojases de esos dólares y que me los trajesen aquí. Así se hizo: hace un momento que el mismo Martínez me los trajo. Entonces el pensamiento que había tenido de suicidarme lo transformé en esta estratagema que me ha dado el mismo resultado que el suicidio, con la ventaja de que puedo gozar en vida de los frutos que ha producido mi muerte. (Da unas palmadas en el hombro a PACO) He descubierto que tienes buen corazón y estoy seguro de que vas a enmendarte; pero quiero que ratifiques ante mí el juramento que hiciste ante mi cadáver...

PACO.—Ratificado queda, tío. Y lo cumpliré cuéstemelo que cueste.

D. ALEJANDRO.—Creo en tí, Paco. Ahora te voy a pedir una cosa. No te vayas de nuestro lado. Entre nosotros tendrás más oportunidad de

ser lo que quieres ser alejado de nosotros. Aquí encontrarás siempre aliciente y estímulo, fuera del placer que nos produces con tenerte siempre a nuestro lado. Sylvia te quiere, me consta. Te ha querido siempre a pesar de tus defectos y sería para para ella un golpe terrible que la abandonarás. ¡Anda, abrázala! Ella te ayudará a rehacer tu vida. (*PACO y SYLVIA se abrazan*) Después de todo ha valido la pena de que me muriera ¿verdad?

EUFRASIA.—Y el susto que nos ha dado usted ¿quién lo paga? ¿Se cree usted que está una para recibir sorpresas desagradables así sin más ni más? Al irse a morir así de repente, bien pudo avisar para que no nos cogiera de susto. ¡Pero no se apure usted que de hoy en adelante se puede usted morir todas las veces que quiera, que se lo va a creer Rita...! ¡Yo no caigo más de tonta...!

NAPOLEON.— Y a mí ¿quién me va a recompensar la decepción que he sufrido? ¡Cuando yo me creía completamente libre para poder usar a mis anchas y sin restricciones de mis conocimientos literarios, he aquí que tengo que volver a las andadas...! ¡Es que no hay derecho...!

SYLVIA.— ¡A tí, Eufrasia, te pago yo... Desde hoy serás mi dama de compañía y buscarás una sustituta para la cocina de esta casa...!

EUFRASIA.— ¡Ay! ¡Muchas gracias! (*Abraza a SYLVIA*).

NAPOLEON.— Pero eso de dama de compañía ¿quiere decir que se la lleva usted para siempre, para toda la vida?

SYLVIA.— ¡Seguro!

ALEJANDRO «EL GRANDE»

NAPOLEON.— ¡Entonces el que debe darle las gracias soy yo...!

D. ALEJANDRO.— ¡Y a tí, Napoleón, te recompenso yo! Bernardo, mi socio, se retira de los negocios y tengo autorización para nombrarte gerente de la compañía a fin de que asumas conmigo la dirección de nuestras empresas.

NAPOLEON.— ¡Magnífico! ¡Y verá usted que bien nos va a ir...! Porque ¡figúrese! ¿quién va a dudar de las empresas de Alejandro “el Grande” y Napoleón. (*Introduce la mano derecha en la abertura del chaleco y se lleva la izquierda a la espalda, imitando a Napoleón Bonaparte*).

TELON.

